



**Una noche
con ella**

Cathryn de Bourgh

Una noche con ella (La pasión) –Cathryn de Bourgh

Saga Ferrari 1.

Todos los derechos reservados.

Prohibida su reproducción total o parcial sin el consentimiento de su autora.

© 2019 febrero-by Cathryn de Bourgh

Diseño de cubierta: Cathryn de Bourgh

Amparada en la ley Universal de Derechos de Autor y en la ley 17616 de la República Oriental del Uruguay.

Una noche con ella
Cathryn de Bourgh

Una noche con ella (Saga Ferrari)

La pasión

Cathryn de Bourgh

Nota de la autora.

La presente novela Una noche con ella (La pasión) forma parte de una saga y es la primera parte de la saga llamada Ferrari y tendrá su continuación en la novela: Una noche con ella (La venganza) que publicaré en todos los portales de e-books en marzo del 2019.

Sinopsis:

Él estaba acostumbrado a tenerlo todo en esta vida: dinero, éxito, mujeres, sexo, pero habría dado todo lo que tenía en esta vida por una noche con ella, por volver a sentir en su corazón el amor, esa maldita locura que tanto miedo da.

Una noche con ella (Saga Ferrari)

La pasión

Cathryn de Bourgh

Todo comenzó una fría mañana de comienzos de invierno.

En el instante en que ella entró en su oficina para conocer a su nuevo jefe.

Había pasado todas las pruebas y parecía ser la indicada para el puesto, pero él no se fiaba de esas pruebas.

No luego de que su última secretaria terminó con una crisis de estrés demandándolo por acoso laboral, por exigencias y demás.

Tenía que ver a la chica para saber que no era otra chiflada.

Y en verdad que habría preferido que fuera hombre, pero ya tenía tres trabajando para él y pensó que una mujer neutralizaría tanta agresividad en el ambiente.

Había pedido que no fuera guapa ni sexy, que fuera una mujer común, lo más vulgar posible. En el sentido de que no quería que esos tres gallos que trabajaban para él que eran buenos abogados y demás se terminaran peleando por una hembra guapa y seductora que los volvería locos a todos y pondría de cabeza a todo el buffet.

Ya había pasado antes.

Una mujer había arruinado dos matrimonios para huir luego con uno de ellos.

Y fue un desastre.

Todavía se sorprendía de lo estúpidos que eran algunos hombres con las mujeres. Cómo se dejaban embaucar, seducir, engatusar, estafar y arruinar por una mujer que sólo había llegado a sus vidas para calentarlos y joderlos para siempre.

Eran nerds. Era por eso. Muy buenos abogados sí, pero pasaron más tiempo metidas las narices en los estudios que saliendo con mujeres. Sólo puedes conocer a las mujeres si te acuestas con todas, si sales y haces vida de playboy. Y eso lleva tiempo, y también ensayo y error.

—Señor Carrington, la joven elegida está aquí —le avisó Mel la recepcionista.

Él trató de dominar sus nervios.

—Dígale que pase.

Mel Weston asintió mirándolo con esa cara de ratón asustado que le hacía tanta gracia. Todos le tenían miedo porque era el mejor abogado de ese buffet y porque tenía fama de hombre malo.

Una fama alimentada por su ex esposa que lo demandó por malos tratos hacía dos años, presentó tres testigos falsos y le sacó una buena parte de su fortuna.

Nunca pudo entender cómo Laura, una mujer que parecía tan dulce y frágil se convirtió en una bruja cuando descubrió que él se acostaba con su secretaria.

Bueno, es que ella no lo satisfacía. No sólo eso claro, no era que tuvieran cada vez menos sexo, era todo lo que había cambiado desde el mismo instante de su boda. Una mujer independiente, muy inteligente que manejaba su propia empresa se convirtió en una mujer perezosa, frívola que vivía pendiente de todos sus familiares y que compartía secretos con ellos y lo excluía.

Luego vino su obsesión por ser madre. Eso fue el comienzo del fin.

Porque él no quería tener hijos, no hasta ver que su matrimonio funcionara. Y ella pensaba que un niño sería la solución y casi fue divertido buscarlo, al menos ella le permitía tener sexo a menudo.

Pero el bebé no llegó y su esposa se frustró y su carácter cambió. Ya no era esa joven divertida y atlética, independiente, fuerte. Era una mujer triste y deprimida que comenzó a descuidarse, a descuidarlo y él odiaba cuando sentía que una mujer lo manipulaba con el sexo.

Y furioso y desilusionado decidió cogerse a esa abogada que hacía mucho que le había echado el ojo: Fergie Rouston, pero era demasiado sensata para avanzar. Era muy guapa y siempre de punta en blanco.

Esa aventura fue lo más refrescante, lo que más necesitaba entonces. Se acostaron en un hotel y lo hicieron todo. sí. Fue grandioso.

Divertido mientras duró.

Hasta que notó que Fergie estaba loca por él pues era de las mujeres que se obsesionaban y enamoraban de un hombre guapo que sabía hacerlas disfrutar. O tal vez ella se involucró porque él la ignoraba, hay mujeres que se enamoran de los hombres que las ignoran, de una relación que sólo les hace daño.

Durante meses salieron, cogieron, pelearon, y fueron casi una pareja hasta que su esposa los descubrió en su oficina, revolcándose en el piso como dos salvajes y ese fue el fin de su matrimonio y el comienzo de la guerra ante los tribunales.

¿Bueno y qué quería? Tenía treinta y cinco años, era un hombre joven y el sexo era muy importante para él, no estaba acostumbrado a los retaceos ni a las negativas de una mujer. Además, su matrimonio era un completo estrés.

Pero a su esposa le dolió y supo que jamás lo perdonaría.

Laura odiaba verlo disfrutar con otra, con esa ramera, él la defendió pues Fergie no era ninguna ramera. Era la hembra para él, hecha a su medida. Casi

perfecta. Y en ese casi estaba: me gusta, me re calienta y satisface, pero me falta algo más: el deseo de estar con ella y de volver a verla. No la amo y seguir esa relación habría sido un desastre.

Lo que siguió fue el fin de su matrimonio y con su amante tampoco siguió y ahora estaba solo. Es decir, salía con una vieja amiga con la que se entendían muy bien pero no había nada especial, sólo sexo.

—Adelante —volvió a llamar a través del micrófono.

La puerta se abrió y apareció una mujer joven vestida formal, discreta, sin escotes, sin faldas infartantes, ni tacones de veinte centímetros.

Discreta. Aunque algo tensa, nerviosa, lo notó en sus gestos, en la forma de caminar.

—Buenos días, tome asiento por favor —le dijo.

Ella obedeció y sonrió nerviosa, intimidada por esa entrevista, aterrada casi no hacía ningún esfuerzo por disimularlo. O tal vez no podía hacerlo.

Se sentó rígida y lo miró y emitió un saludo débil de buenos días señor Carrington.

Él la miró por primera vez y tembló al sentir esa mirada. Demonios. ¿Qué broma era esa? Había pedido que seleccionaran a una joven que fuera capacitada y de un perfil bajo, muy bajo. Y poco agraciada, fea. En lo posible. Y esa joven no era fea sino muy guapa, tenía unos ojos castaños enormes y luminosos, tan dulces y expresivos, el caballero castaño con reflejos rojos enulados y largo y le recordó a una muñeca de los años cincuenta, preciosa, labios rojos con esa belleza fresca radiante que no necesitaba de demasiados trucos. Demonios, esa chica era preciosa. ¿Es que no había sido claro al pedir que no le enviaran una mujer guapa a su despacho?

Miró su currículum ceñudo y pensó que era impecable.

Pero sus ojos buscaron los datos personales. Isabella Rossini.

—¿Tiene usted hijos, señorita Isabella? —le preguntó y la miró y en el

instante en que ella clavó sus ojos dulces en él y negó con un gesto él supo que estaba perdido.

Italiana. Vaya. no lo habría imaginado, no sé por qué para él todas las italianas eran damas sensuales y de mucho carácter como Monica Bellucci. Tal vez esa joven lo fuera, pero no le daba esa impresión.

—No. Soy soltera señor Carrington —respondió.

Aaron Carrington sonrió.

—Bueno, hoy día las mujeres solteras tienen hijos —respondió.

—No es mi caso, prefiero tener hijos luego de casarme, señor Carrington. Esa respuesta lo asustó.

—Qué extraño —murmuró.

Ella sonrió desconcertada y sintió que de repente había dejado de temerle.

—¿Por qué le parece extraño, señor Carrington?

—Pues porque hoy día las feminazis no nos consideran necesarios para procrear, las mujeres se casan con otras mujeres y cuando quieren tener hijos simplemente van a la fábrica de donantes anónimos.

—Bueno yo no soy feminazi, soy feminista moderada señor Carrington y no creo que nuestra lucha tenga que ver con una orientación sexual o la inseminación artificial.

—¿Ah no? ¿Entonces es de las que espera tener un marido para que le haga un bebé? Oh, qué romántica es usted, señorita. La felicito.

—Sí, lo soy.

—Una especie en extinción entre las mujeres jóvenes de su edad.

Ella sonrió tentada.

—Exagera usted, mis amigas piensan como yo.

—¿Acaso pertenecen a alguna comunidad evangélica o metodista?

Ella negó con un gesto.

—No, no, soy católica nada más.

—¿Y es italiana?

—Sí. De Módena. Mi padre vino aquí hace años luego de perderlo todo en un derrumbe.

Sin darse cuenta terminó contándole toda su vida pues llegó desde muy niña a Nueva York.

No esperaba terminar hablando de temas tan personales en su primera entrevista y quizás él se dio cuenta porque cambió de tema y le preguntó sobre su experiencia al trabajar con abogados.

Sin embargo, no dijo que fuera a contratarla, parecía vacilar.

—¿Está dispuesta a hacer horas extras, de ser necesario señorita Rossini?

Ella asintió, dijo que no tendría problema.

—Bueno, entonces empezará a prueba por tres meses. Luego si todo va bien extenderemos su contrato y mejoraremos su paga un cincuenta por ciento más.

—Gracias, señor Carrington.

Empezaría mañana, estaba tan feliz. Sabía lo difícil que era entrar en esa empresa. Al fin tendría un buen trabajo, pensó y se ruborizó al sentir la mirada de su jefe. Ella también pensaba que era muy guapo sí, guapo y tan hombre que... se avergonzó de tener esos pensamientos y se dijo que era una tonta.

Nada más irse su nueva asistente uno de sus abogados entró muy sonriente, con cara de lobo hambriento.

—Vaya, qué guapa es tu nueva asistente. ¿No lo habías pedido fea?

—Cállate maldito.

—Bueno sólo decía.

—Sí, claro. Tiene un buen currículum y al parecer nadie hizo caso a mi pedido de que buscaran una poco agraciada. Me enviaron la hembra más tierna

y dulce que exista en este mundo para tentarme. A ver si dejo mi soltería, supongo.

El abogado que trabajaba para él Ed Sullivan sonrió divertido. Era uno de los damnificados por la anterior asistente. Divorciado, y saliendo con una asistente de la oficina ahora se burlaba de su amigo.

—Qué demonio tentador te han mandado. Debiste rechazarla y pedir que te enviaran otra.

Carrington lo miró furioso.

—Mejor que vuelvas a tu trabajo —le advirtió.

Isabella no podía creer su suerte y feliz les avisó a sus padres ese día, a sus amigas, pues era viernes y debían salir a festejar. Cuando llegó a su departamento se sintió tan feliz. Al fin su suerte parecía cambiar. Llevaba meses desempleada cobrando el seguro de desempleo pidiendo prestado a sus padres y odiaba eso.

—Pero titi, ahora vas a casarte ¿para qué quieres trabajar? —le preguntó su madre en el teléfono.

—Claro que quiero trabajar —se quejó Isabella.

—Luego tendrás que dejar. Tu boda será en seis meses. Y sabes que a tu novio no le gustará.

—Madre, ¿por qué supones que no le gustará?

—Porque lo conozco y te quiere solo para él.

Bueno, tenía razón. Eran los celos que tenía su novio Alessandro. Siempre la celaba y eso le divertía mucho. Aunque a veces la cansaba.

Suspiró al pensar que habían pasado la noche juntos y lo habían hecho todo y él no usó condón. Bueno ella se cuidaba, pero insistía en que él también lo hiciera, por si acaso fallaba la píldora.

Sus padres no aprobaban que tuviera sexo con su novio, a su madre no le

gustaba nada, temía que luego la abandonara ¿pero ella qué sabía? Era una italiana del siglo pasado que tenía una mente tan retrógrada. Casi sentía alivio de que se casara pues en su mente corta pensaba que luego de perder su virginidad ningún hombre la querría excepto el que se la había llevado: su novio.

Odiaba que la presionara con eso.

Se casaba porque él se lo había pedido, ella no lo obligaba. Se veían de vez en cuando y a veces pasaba el fin de semana en su departamento.

Tenían sexo casi a diario y eso la asustaba. Temía quedarse embarazada. Sentía terror de que eso pasara. No estaba lista. No porque fuera joven o algo así, es que planeaba retomar sus estudios de leyes el año entrante. Retomar la carrera que había abandonado y sabía que su trabajo la ayudaría a hacerlo.

Fue a darse un baño rápido pues sabía que tenía una cita con su novio. Por eso luego del baño se puso ropa interior de encaje provocativa, muy sexy. Le esperaba una larga noche.

Sus primeros días en la oficina no se la pusieron fácil.

Desde la recepcionista Mel Watson, una rubia chiquitita de faldas muy cortas y tacones que parecían sancos a ese grupo de chicas del tercer piso, todas la miraban como si fuera sapo de otro pozo. Con rabia y animosidad y no sabía por qué pues siempre entraba y saludaba.

Imaginó la razón.

Trabajaba para el abogado más importante del bufet. El dueño de todo eso. el mejor abogado de la ciudad, jamás había perdido un caso y era consultado de todos lados por su experiencia e inteligencia.

Y además de eso. Estaba soltero y era, todo un hombre.

Rayos. Era tan guapo que su sola presencia la turbaba y no podía evitarlo, por más que luchara y tratara de estar tranquila. Siempre le pasaba.

Por eso la envidia y la rabia. Muchas de esas chicas pagarían por estar cerca del codiciado soltero. De Aaron Carrington. Y pensaban que era una estúpida trepadora. Seguían sus pasos, cada uno de sus movimientos. ¡La espiaban cuando salía a almorzar!

Cuando en verdad que a su jefe lo veía muy poco durante el día. Su trabajo era armar los escritos, revisar que cumplieran con las formalidades de estilo y en sus ratos libres espiaba... leía los alegatos, las pruebas pues le interesaban los casos que tomaba Carrington. Eran difíciles, complejos, y sin embargo nunca había perdido un juicio.

—Buenos días señorita Carrington. Llega justo a tiempo.

Isabella se sonrojó y sintió su corazón latir muy deprisa, rayos, qué susto le había dado.

—Lo siento —murmuró.

Sus ojos oscuros la miraron con fijeza. Cada vez que la miraba así se ponía colorada como una quinceañera boba. Era inevitable. La mirada de ese hombre la turbaba, pero ella mintió a su novio y le dijo que su jefe era gay y poco atractivo. Sabía que no era verdad. Que era alto, atlético y todo un hombre. viril, espalda ancha, piernas fuertes y muy guapo. Demasiado...

—Venga conmigo. Saldré en veinte minutos para una audiencia ante la corte donde seré el abogado fiscal.

—Oh de veras.

Apenas pudo contener la emoción ante la perspectiva de ir a la audiencia a ver a su jefe en acción cuando trataba de recuperarse de la emoción de haberle visto. Qué tonta era. ¿Qué pensaría de ella por ponerse así?

Pero ese día sería especial.

Por primera vez vio al gran abogado Aaron Carrington en acción. Cada

palabra, cada frase que empleó para acusar a un hombre de asesinato fueron certeras. Como fiscal era un león, era implacable y no hubo vacilación, no hubo duda y lentamente acorraló a los falsos testigos y también al implicado. Un hombre de unos treinta años que en apariencia parecía inocente, es decir, luego de mirarle vio que no había nada en su rostro. Tenía treinta, pero parecía de veinte, como si sufriera un retraso y fuera imbécil, pero cuando Aaron lo acorraló ahí mostró su verdadera cara. Y no vio arrepentimiento, no vio tristeza ni empatía, nada. Y había matado a su familia en un arranque de celos.

Y era culpable. No tuvo dudas de ello.

Fue muy impresionante.

Y luego de la audiencia su jefe quedó estresado, cansado y la invitó a almorzar.

—Fue admirable, señor Carrington. Su labor fue brillante.

Él sonrió y luego se puso serio.

—No fue sencillo. Pues pese a que todos creen que ese asesino actuó por impulso y su abogada pretenda hacer creer a todos que lo hizo en un momento de angustia y depresión yo sabía que no era así. He visto esa cara otras veces, demasiadas veces. Tienen un patrón de conducta manipulan y tratan de dar lástima.

—Sí, eso pensé señor Carrington. Al comienzo sentí que ese hombre parecía atormentado, triste por lo que hizo. pero luego vi que no le importaba nada.

—Y así actúan los psicópatas. Yo no defiendo psicópatas. Nunca lo he hecho y me han ofrecido fortunas para hacerlo. Pero en cuanto me reúno con mi cliente y comienzo a indagar su caso me doy cuenta de ciertos detalles. Hay que desconfiar de las apariencias señorita, es lo primero que debe entender y hacer preguntas. Escuchar. Porque una persona que tiene algo que esconder, algo muy sucio que esconder tratará primero de convencerla de su inocencia,

manipularla, pero en algún momento cometerá un error, dirá algo que debió callar.

—Oh gracias por sus consejos, gracias por dejarme presenciar él juicio, por traerme con usted.

Él sonrió, pero enseguida apartó la mirada y pidió el almuerzo haciéndole señas a la moza que atendía su mesa.

—Recuerde siempre hacerlos hablar. Es una táctica infalible para delatar mentirosos. Usted fina que está de su parte, y pregunte, siempre pregunte porque en este trabajo todos mienten.

El almuerzo fue muy breve porque tenían que regresar y su jefe no dejaba de recibir llamadas.

Isabella recibió una llamada de su novio, pero aterrada miró el teléfono y no atendió, no porque quisiera ocultarle nada, pero sabía que se pondría tonta al hablar con él y su jefe se daría cuenta. No quería que él notara que él le gustaba y mucho menos que su novio se diera cuenta.

Rayos. Era sólo una tontería.

Un hombre como ese despertaba esas cosas en las mujeres, por eso muchas estaban pendientes de él y la miraban con rabia.

Pero ella iba a casarse con su novio de siempre y no era esa clase de mujercita que se enredaba con su jefe por más guapo que fuera. Sabía comportarse. Y sólo se había acostado con su novio.

Por eso a veces se preguntaba cómo sería estar con otro hombre en la cama. Sus amigas le decían estúpida por eso.

En verdad que comenzó a salir con Alessio no pensaba en bodas ni nada. Lo vio en una fiesta en casa de unos italianos amigos de sus padres y se enamoró. Morocho, muy alto y con unos ojazos azules, cejas gruesas y muy blanco... parecía un actor de cine, parecía yanqui en realidad. No imaginó que fuera de la comunidad italiana de Boston.

Él también la miró y pensó que era su día de suerte.

Salieron un par de veces, al cine, a beber alto y una noche luego de una fiesta de cumpleaños de un primo suyo terminó en su cama. Fue algo precipitado pues había bebido y estaba tan excitada que... fue como si él despertara algo en ella largo tiempo dormido, algo que estalló al tiempo que se quejaba porque no llegó a decirle que era virgen y él fue algo bruto. Sin embargo, le gustó, le gustó y le dolió y él se asustó.

Tenía veinte años entonces, no era una adolescente impulsiva. Quería hacerlo con ese joven guapo sin pensar en nada más, al diablo con las tonterías que su madre le había inculcado sobre la virginidad y no convertirse en ramera. Era su vida rayos, era su cuerpo.

—¿Qué sucede? Tú... eres virgen, ¿todavía lo eres? —le preguntó Alessio mirándola con esos ojazos tan hermosos.

Ella se sintió avergonzada de tener que admitirlo, en el pasado había salido con un joven muy guapo y agradable que se alejó de ella al saber que era virgen. La plantó. No quería que le pasara lo mismo con Alessandro Ferrari. Era tan guapo.

Él la miró y le dio un beso ardiente y sonrió. Virgen, murmuró, una hermosa chica virgen, qué suerte he tenido le dijo y no se detuvo ni se enojó, al contrario. Siguió adelante y la desvirgó por completo.

Y volvió a llamarla, volvió a verla. Pero ella lloró cuando una noche le dijo que no sabía nada de sexo, y que era casi una niña todavía.

Se lo dijo en la cama mientras la hacía suya y ella pensó en correr, quiso que la tierra se la tragara.

Él sonrió al ver que se había ofendido y rio tentado.

—Boba, no te enojés. Debes aprender. Yo te enseñaré y me gustará mucho hacerlo. Ven aquí, relájate.

Al principio el sexo era algo que hacía porque su novio se lo pedía,

aunque lo disfrutaba no era tan ardiente como sus amigas que lo hacían todo.

Ella no tenía ni idea de cómo llegar al orgasmo. Por más que su novio la besaba y acariciaba y le había enseñado a moverse probaban varias posiciones, nunca alcanzaba el éxtasis durante la penetración. Él sí por supuesto, él lo disfrutaba y quería hacerlo de nuevo. Y ella se convirtió en su novia virgen que no era muy buena en la cama, pero él la quería. Estaba loco por ella.

Luego tuvieron esa pelea porque Isabella descubrió unas fotos de una chica desnuda en su celular y ese video horrible en el que él se dejaba practicar sexo oral en el auto.

Pensó que era el fin. No quería verlo más. Era como los otros que engañaban a sus novias porque siempre tenían que acostarse con otra.

Lloró y estuvo triste durante días, semanas.

Lo amaba diablos, estaba loca por él y se sentía desilusionada. Herida. Pero luego se dijo que era su culpa porque ella nunca se lo hacía a su novio como sus amigas. Para ella el sexo oral era una soberana cochinado que le daba asco y miedo, no sabía si era más lo primero o lo segundo. Pero era muy tímida y no, no lo dejaba siquiera que él la besara allí, siempre lo apartaba y él se reía.

Su amiga Molly le dijo:

—Ay Isabella. Debes darle una alegría a tu pobre novio. ¿Sabes cuántas es pelean por darle una buena mamada con lo lindo que es? Ese video es la muestra.

—Eres cruel.

—Vamos, deja de estar llorando por los rincones. Regresa con tu novio y dale una alegría.

Ella la miró mortificada. Era su mejor amiga, pero era una completa ramera. Sin embargo, fue su mejor amiga en la universidad y la apreciaba,

aunque fueran distintas.

—Me da mucho miedo no puedo, no me animo. Es muy violento para mí cuando se me acerca y quiere...

Molly, su amiga rubia se rio.

—Así que te la quiere chupar primero, eso es bueno, créeme. Si lo hace es porque está loco por ti. Y es un buen amante. Algunos sólo quieren sexo oral quieren que se la chupes, pero cuando te llega el turno pues se hacen los idiotas. Mi novio no por supuesto, él me tiene muy contenta en ese sentido, pero...

Sí, sabía que la desvergonzada de Molly se acostaba con otros. Tenía uno en su trabajo al que se la chupaba bastante. Para ella era como un dulce.

—¿Cómo es? ¿A qué sabe?

Molly sonrió y en sus mejillas aparecieron dos hoyuelos como una niña traviesa. Parecía una niña pícaro inocente pero no tenía nada de eso.

—Sabe a macho, amiga. Es la esencia del macho, su esperma es eso. al principio te dará arcadas luego verás que te acostumbras y a lo último te gustará. Pero debes dejarlo a él primero bobo. Él debe calentarte para que tú quieras responderle. Lo haces porque estás caliente, ¿entiendes? Muy caliente. Y el placer que él siente cuando se la mamas es la gloria para ellos, es el cielo, infierno y purgatorio y su placer se convierte en el tuyo. Yo he tenido mis mejores orgasmos mientras se la chupo a mi jefe.

Isabella se puso colorada como un tomate al conocer los detalles y pensó que era un asco y no, no lo haría con su novio. Es más, ni siquiera quería volver a verlo porque la había engañado.

Alessio la buscó, no la dejó en paz. Y desesperado una noche la subió a su auto y la llevó a su departamento. Pelearon, ella le dijo de todo y él soportó todo y le pidió perdón.

—Fue sólo sexo en mi auto, fue sólo una vez. fue sólo sexo oral. Yo no la

toqué ni me la cogí. Te lo juro.

Ella lloró y no le creyó y pensó que era un cretino que la engañaba y se acostaba con todas.

Él le juró que no era así y le rogó que lo perdonara. Estaba desesperado y se acercó y le dio un beso a la fuerza. Le rogó que volviera con él.

No pudo resistirlo. Estaba enamorada de él por eso le dolía tanto todo, el engaño y esa separación.

—¿Por qué lo hiciste? Es porque soy muy mala en la cama verdad. No soy buena para ti —le reprochó ella con crudeza pues nunca hablaban abiertamente de su vida sexual. Ella no era sexual directamente, no tenían sexo a menudo y cuando lo hacían...

—No fue por eso. me gusta hacerlo contigo Isabella, tú eres mi mujer, eres mía. Y te amo. Amo estar contigo.

—Pero no soy buena, no soy apasionada.

Él no la contradijo.

—Necesito más sexo, preciosa, más a menudo. Yo no te obligaré jamás a estar conmigo ni te exigiría esas caricias. Para ti el sexo es algo nuevo y necesitas madurar, ser una mujer.

Ser más mujer, de eso se trataba.

Él se moría por darle sexo oral y ella no lo dejaba por eso fue con otra. Eso le quedó grabado a fuego. Isabella no soportaba pensar que otra había estado con su novio, aunque sólo fuera arrodillada haciéndole una asquerosa mamada.

Molly le dijo que todas lo hacían. ¿Sería tan boba de negarse sólo porque le daba miedo?

—No fue nada más un maldito momento, nada más.

—Y por qué te filmaste?

—No, no fui yo, qué crees. Debió ser alguien que me vio. Preciosa, es

diferente cuando lo hago contigo, cuando lo hacemos. Es hacerte el amor y no pienso que tú no seas buena, ¿qué dices? Eres algo tímida y a veces te niegas a mí, pero no olvido que sólo has estado conmigo y yo valoro que hayas llegado virgen a mí. Me encanta hacerlo contigo, eres dulce y es tan hermoso lo que me haces sentir. No cambiaría eso por cien noches de sexo con otra mujer. Ya lo he tenido, he tenido sexo sí, pero tú eres mi primera novia, mi primer amor y eso es importante para mí. Tú eres la única que me importa.

—Entonces deja de acostarte con esa chica.

—No, no me acosté con ella, fue una calentura del momento. Se me ofreció y me tenté. Jamás pensé que...

Le juró que fue solo esa vez, que nunca la había engañado y cuando la tomó entre sus brazos y le dio un beso ardiente ella cedió. No pudo resistirse. Se moría por volver con él. Esa noche se moría por estar con él, estaba tan triste y tan desesperada pensando que lo perdía. Y esa noche por primera vez tuvo su primer orgasmo, cuando él se lo hizo muy fuerte y se abrazaron y ambos lloraron. Fue tan especial. Él le dijo que la amaba por primera vez y su voz tembló y ella sintió que un orgasmo fuerte como un rayo recorría su cuerpo. Fue grandioso y siguió clamando por más.

Entonces todo cambió.

Quizás loca de celos por la aventura de su novio decidió arriesgarse en esas prácticas de placer que antes la asustaban. No fue sencillo, era tímida y pesar de que ahora disfrutaba sus orgasmos como nunca seguía siendo tranquila y nada ardiente. Podía pasar días, semanas sin sexo y no enterarse. No sentía esa necesidad como de comer o salir a pasear los fines de semana. Era su novio que siempre tomaba la iniciativa y por complacerlo a él aprendió a brindarle esas caricias. No quería que luego se buscara a otra.

Él comenzó a buscarla más a menudo y a pedirle que se mudara a su departamento. No, no quería hacerlo, le gustaba la soledad de su apartamento

su independencia.

Entonces ocurrió lo del embarazo. Descubrió que estaba embarazada cuando cumplieron tres años de noviazgo. Aterrada se lo contó a Molly y ella le dijo que lo abortara. Era muy joven para tener un hijo. Tenía veinticuatro y una carrera por terminar.

Pero ella era creyente y no lo haría.

¿Qué diría su novio cuando lo supiera?

No llegó a decírselo. Pues dos semanas después tuvo una hemorragia y asustada fue al hospital. Acababa de perder el bebé, pero era un embarazo muy reciente, se repondría.

Su novio nunca se enteró y prefirió no decírselo. Él se encontraba de viaje con su familia por el sur de Italia. Viajaban con frecuencia a Italia pues tenían negocios y parientes muy ancianos. Él la había invitado, pero ella se sentía demasiado mal por lo del embarazo para aceptar.

Habló con su doctora sobre lo ocurrido. No entendía cómo había quedado embarazada si tomaba las píldoras.

Dijo que todos los métodos tenían un porcentaje de riesgo.

—Tal vez deberías colocarte el diu. Es más efectivo.

Oh no el diu no, odiaba pensar que tendría ese aparato en su cuerpo.

—O puedes probar estas píldoras nuevas que llegaron. Son más suaves y te mejoran la piel, el cabello. Además, podrás tomarlas a diario. Tiene menos hormonas que la inyección.

Le ofreció una caja. Se veían bien.

Y no le fallaron.

Isabella suspiró.

Su novio le había pedido matrimonio y ella aceptó, pero ahora todo era distinto. Quería volver a Italia con su familia. Tenían familia allí y un tío suyo lo quería nombrar heredero.

Ella pensó que casarse con su novio era maravilloso y durante meses se lo pasó planeando toda su boda, pero ahora no se sentía bien al saber que debían dejar atrás su país, sus amistades, su carrera sin terminar...

Regresaron al trabajo ensimismados cada uno en sus pensamientos. Quería casarse con él, pero la asustaba irse a vivir a otro país. Sus padres no tenían buenos recuerdos de Italia. Allí un hombre grande quiso robarla de niña porque su esposa no podía darle hijos y luego un muchacho de unos dieciocho años la seguía a la salida del colegio cuando tenía catorce y le daba miedo. el país había cambiado mucho y andaban las mafias robando niñas. Su padre se asustó y decidió largarse. Vendió todo y se fueron a Estados Unidos. La colectividad de italianos lo ayudó, extrañamente los padres de Alessio eran amigos de los suyos, pero nunca se habían visto antes.

Llegó el viernes y Molly le recordó la reunión en casa de Lorie, el penthouse, una reunión de chicas sin novios ni parentela y pudieron hablar de novios, amigos, amantes y todo lo prohibido entre copas y risas.

—Cuenta de tu nuevo jefe —quiso saber Molly.

Molly llevaba un vestido corto y tacos muy altos y era la más inmoral de todas pues estaba a punto de casarse y se acostaba con el hermano de su mejor amigo.

Anne también, y Sussie, la más seria era Lorie y ella.

—Mi jefe nada... es bien. Es amable.

—Pero es el Aaron Carrington. ¿Cómo es que no lo conoces? Es uno de los abogados más despiadados de Nueva York, jamás ha perdido un caso excepto su divorcio, claro...

Isabella escuchó la historia distraída. Ciertamente que la incomoda

enterarse de las intimidades del hombre que iba a ser su jefe.

—Imagino lo feliz que debe estar tu novio.

Isabella hizo una mueca.

—Nada feliz pero no dice nada. Por ahora.

—Oh vamos, cuéntanos más de ese jefe, hablar de novios no es divertido.

—ES que no hay nada que contar, de veras.

Se puso roja cuando le insistieron y luego entre copas de champagne, y comida chatarra.

—SE ha puesto colorada. Te gusta ese hombre. claro. Es muy guapo.

Isabella más roja que antes protestó.

—No, no me gusta. No me enchastres.

Todas empezaron a burlarse. La hicieron enfadar.

—Por favor, más respeto por mi novio, pronto será mi marido.

—OH disculpa, no quise ofender. Y dime, ¿todavía no te sueltas a hacer esas cosas que te pide? —preguntó Molly con malicia.

Isabella se puso colorada pues una de sus amigas encendió una pantalla donde había una película de adultos. Se puso roja al ver a una chica rubia arrodillada realizándose sexo oral a un hombre muy dotado al que sólo se le veía el miembro.

—Qué cerda. Por favor, quita eso —se quejó.

Todas rieron, pero no quitaron la película.

—Mira un poco y ve cómo se hace tonta. Será muy educativa para ti — insistió Lorie.

—Vamos, todos lo hacen, deberías animarte y probar ese dulce.

—Sí, eso, ámate. Pobre Alessio. ¿Cómo soporta a una mujer tan fría como esta? Pobrecito.

—Bueno, guárdate para la luna de miel. Sí, es una buena idea de que le des ese regalo de bodas —dijo Rose.

La hicieron reír. Al final se rio y tuvo que soportar más consejos.

Ni local es contaría que se lo había hecho a su novio un montón de veces. Rayos. Esa película la puso violenta, todo lo sexual la avergonzaba. Era su intimidad. ¿Por qué tenía que contar lo que hacía con su novio? Eran amigas sí, pero eran cosas privadas.

Todas rieron y pusieron un video musical pues Isabella se puso muy molesta, incómoda por esa película explícita.

—Además cuando te toque a ti.

—Oh cállate. Esas son cosas de rameras —se quejó.

Molly se acercó y la abrazó.

—Por supuesto, ellas son todas unas rameras. Nosotras no hacemos esas cerdadas. Nunca. ¿Verdad?

Todas negaron de forma exagerada y luego comenzaron a reírse.

—Oh vamos que vos se la chupabas bien a Brent en la universidad, te encantaba hacérselo.

—¿Y no temes que se busque otra para que se lo haga? —preguntó Alison con mirada inquieta.

Ahora se puso furiosa.

—Mi novio no haría eso, él me ama. Dice que soy especial para él.

Sus amigas se miraron.

—Mi tía siempre decía si tú no lo haces otra se lo hará, a ellos les encanta y ya sabes, una relación sin caricias se empobrece, se vuelve rutina...

¿Es que no te da ganas de probar algo nuevo?

Isabella se puso roja y apretó los labios.

Entonces su amiga Maggie, la más puta de todas sonrió.

—Tú lo haces como todas, pero te da vergüenza decirlo. Suele pasar... eres una pilla, Isabella.

Isabella se alejó y fue por una cerveza bien fría de la nevera.

No entendía por qué siempre la acosaban con eso. sólo porque no tenía tanta experiencia como ellas. Cuando regresó todas reían por unos memes que se pasaban unas a otras. A veces se ponían tontas como adolescentes.

Hasta que se pusieron serias y preguntaron por su boda.

—¿Cómo marcha todo? ¿Tienes todo listo?

Sí, ese era un tema mucho más feliz. El vestido, la fiesta, la luna de miel y los mil detalles que debía atender. Pero ahora se sentía mucho mejor porque tendría un buen trabajo. La asustaba depender de su futuro esposo y quedarse en casa encerrada.

—¿Cómo va todo?

Ahora Isabella sonrió de oreja a oreja mucho más cómoda y hablaron largo y tendido sobre eso.

—Bien. Estoy algo nerviosa y creo que he adelgazado.

—De veras. Te ves distinta. Ha de ser porque vas a casarte.

Isabella habló de la fiesta, de su boda, pero no se sintió muy cómoda. Había bebido demasiada cerveza y sabía que su novio iría a buscarla pronto, así que decidió beberse un café. No quería que pensara que estaba ebria.

No quiso contarles lo que le pasaba. Últimamente se sentía un poco alejada de sus amigas. Ya no era como antes además no quería hablar delante de todas de lo que le pasaba. Ella era amiga de Molly y de Lorie. Las demás eran amigas, pero no tan cercanas.

Y Lorie estaba rara, hacía tiempo que no hablaban en realidad.

Su novio y su trabajo y las demás actividades la absorbían. sin embargo, estaba bien reunirse de vez en cuando y no perder contacto. Serían sus damas de honor, aunque estaban molestas por usar el color salmón en sus vestidos, sabía que todas estarían allí.

Lo cierto es que cuando la llamó tuvo la excusa perfecta para largarse.

Todas salieron a verle por el balcón. Decían que era el hombre más

guapo que había visto en su vida y la hacían enojar. Odiaba que lo miraran.

Bueno, por más que lo miraran era suyo. Todo suyo. Y pronto lo llevaría derecho al altar.

Allí estaba su novio y futuro marido. Alto, guapo, de cabello oscuro y ojos tan azules y bellos. No había muchos chicos como él en su ciudad y sabía que todas las mujeres suspiraban por él. Pero él la había escogido a ella y una noche mientras hacían el amor le pidió que fuera su esposa. Al verla la abrazó y le dio un beso ardiente haciendo que todas gritaran desde el balcón. Rayos. Se puso colorada.

—Principessa. Ven aquí. Aléjate de esas amigas zorras que tienes —le dijo al oír que le gritaban desde el balcón del edificio. Y la envolvió entre sus brazos y le dio un beso ardiente.

Ella se derritió de amor, pero fue algo tímida al responderle pues sabía que sus amigas estaban mirando. Pero él no se detuvo y le dio un beso muy ardiente mientras la apretaba y ella se deleitaba al sentir su perfume Calvin Klein.

—NO son zorras —protestó luego en su auto deportivo.

—Oh, sí lo son cielo. Eres una perla en medio de esas rameritas. No sé cómo eres amiga de ellas.

Isabella lo miró ofendida.

—Son mis amigas —protestó.

Él sonrió con malicia.

—Amigas, pero muy zorras. No te molestes en negarlo.

—Tal vez... es que las mujeres de aquí son más liberales.

—Son putas cielo, todas ellas. No son como tú. Tú eres mi novia virgen.

—Ya no lo soy.

—Pero lo eras, y sigues siendo una chica pura e inocente. La mujer que escogí para ser mi esposa y la madre de mis hijos.

—Oh por favor hablas como lo haría mi abuelo si viviera.

—Bueno, es que soy algo chapado a la antigua. Y no esperes que invite a mi casa a esas mujeres.

Isabella pensó en ese viaje.

—Entonces es inminente. ¿Volveremos a Italia luego de la boda?

Él asintió.

—Vamos, ánimo. Es nuestra tierra cielo.

—Pero tendré que dejar mi carrera, mi trabajo.

Él le sonrió.

—Ibas a dejarlo todo igual para ser mi esposa.

—Todo? no, no pensaba hacerlo. ¿Por qué debería? ¿Qué dejarás tú para casarte conmigo?

Él la miró alarmado y divertido.

—Lo mejor de todo: ¡mi soltería! Yo dejaré lo mejor para ser tu esposo ¿y tú no puedes dejar ese trabajo de mandadera y esas amistades indeseables? Además, mi padre quiere que le dé un nieto. Dice que me he tardado mucho en encontrarme una novia guapa y decente.

Sus suegros eran viejos sí, siempre lo fueron y eso que llevaba cuatro años de novia con su hijo.

—Pues deberán esperar, no tengo pensado tener hijos tan pronto.

Él sonrió tentado.

—Si quieres puedo hacerte un bebé esta noche.

Ella lo miró con cara de espanto.

—Estás loco? Tengo veinticuatro años. Y no he vivido nada. No estoy lista para ser madre. Recién vamos a casarnos en tres meses, amor. Debemos ver primero que nuestro matrimonio funcione —dijo ella desesperada.

—Oh por Dios, hablas como una muñequita yanqui. Que lo nuestro “funcione”. Oh ¿y por qué te separaste? No funcionó... como si fuéramos

máquinas. Pareces olvidar que eres italiana como yo. Somos distintos. Somos apasionados y ardientes.

—Todavía no, no estoy lista para ser madre ni tú.

Él la miró ceñudo.

—Pero si te casas conmigo es porque quieres tener una familia, muchos niños, ¿verdad?

No, no en realidad, se casaba con él porque lo amaba, pero sólo quería tener uno o dos hijos más adelante.

—Luego, tenemos tiempo. Somos muy jóvenes y yo quiero hacer cosas, estudiar. Trabajar. No esperarás que me quede encerrada en casa cocinando y planchando como una empleada doméstica.

—No tendrás que planchar ni cocinar, te pagaré una sirvienta, pero tú tendrás que estar para mí siempre dispuesta a darme sexo.

Ella sonrió. Habían llegado a su departamento y sabía que tendrían sexo. Por eso quiso darse un baño y quitarse el olor a cigarro en el cabello y en la ropa, estar fresca y perfumada.

Tenía siempre ropa allí para cambiarse, perfume, su cepillo de dientes. Él le había pedido que se mudara, pero ella siempre lo postergaba. Es que lo pasaba tan bien en su departamento. Estaba tan cómoda allí.

Salió de la ducha y él la esperaba con cara de lobo hambriento.

—Rayos, acabas de bañarte y sales totalmente vestida del baño. Vamos. Llevas un vestido largo hasta el piso. ¿Eres musulmana o gitana?

Isabella rio tentada, pero se puso nerviosa cuando él se acercó y la atrapó en un beso ardiente. Seguía siendo tímida, si él no se lo pedía ella se dormía.

Pero esa noche estaba muy desesperado por hacerla suya, llevaban días sin hacerlo y casi sin darse cuenta se encontró desnuda en su cama redonda de agua. Él la besó y la volvió loca con sus caricias. Sus besos recorrieron sus

labios, sus pechos y llegaron a su cintura, sabía lo que tramaba. Ahora siempre quería hacerlo. La preparaba para luego recibir caricias... la volvía loca porque a veces empezaba y no quería parar.

Cerró sus ojos y sintió que él abría sus piernas despacio y atrapaba los pliegues de su sexo mientras la tocaba allí, en ese punto sensible, su lengua rodeó ese rincón y luego se detuvo al centro y gimió al sentir su lengua devorarla y volverla loca. El también gimió al ver que excitaba con sus caricias y la dejaba húmeda, mojada otra vez y eso lo volvió loco.

—Déjame por favor, déjame —le rogó.

Él sonrió, pero no la dejó en paz y la sujetó de las nalgas y la cintura

Estaba tan excitado que cuando terminó sólo quería copular, copular muy rudo para arrancarle gemidos de placer mientras la inundaba con su semen. No pudo aguantarlo, no usó protección como siempre hacía. No le dio tiempo o no quiso hacerlo.

Isabella quiso escapar, quiso evitarlo, pero ya era tarde porque su cuerpo convulsionó de placer al sentir las salvajes embestidas, rudas y maravillosas de su amor.

—Alessio —dijo al tiempo que las contracciones de placer hacían que su semen llegara muy al fondo de su cuerpo. Y él no se había cuidado, había perdido la cabeza y sonrió tentado mientras caía sobre ella.

—Deliciosa, tan dulce...

Ella lo miró mareada y quiso salir corriendo a lavarse mientras sentía el olor de su semen en todo su cuerpo.

—Debiste cuidarte, son mis días peligrosos —protestó—. Déjame, debo lavarme.

—¿Por qué te asustas? Tomas la píldora a diario.

—Pero igual debo cuidarte.

Luego de quedar embarazada con la inyección no quería correr riesgos.

Sus nuevas píldoras eran maravillosas, tenía el cabello hermoso y brillante, la piel y la calmaban. Como si fueran sedantes o algo así.

Corrió a darse un baño y trató de quitarse todo.

Él entró en la ducha y la agarró.

—Ven aquí, voy a hacerte un bebé muy pronto ¿sabes? —le dijo mientras la abrazaba para hacerla rabiarse.

—Ni lo sueñes.

Él se rio y se bañaron juntos. pero al volver a su habitación él la abrazó y comenzó a besarla y luego lentamente la llevó hasta su miembro húmedo anhelante de caricias.

Ya no le asustaba hacerlo, había aprendido a brindarle caricias y detenerse cuando él se lo decía. A él lo excitaba mucho verla desnuda arrodillada engullendo su miembro, sentir sus suaves lamidas sin dejar de mirarla. Le gustaba verla desnuda y se excitaba mucho cuando lo hacía.

Y de pronto la tendió de lado para besar su vientre húmedo por las caricias, por brindarle placer.

Gimió al sentir que su boca la devoraba como un demonio, gimió más fuerte al experimentar esas sensaciones fuertes... y de pronto su boca fue reemplazada por su miembro duro y excitado, tan excitado que lo hizo duro y muy rápido.

—Me encanta cogerte cielo, eres tan dulce y apretada —le dijo al oído y sonrió al ver que lo miraba escandalizada. No le gustaban las palabrotas así. Y lo miró ceñuda.

—Me encanta preciosa, tú nunca quieres, pero luego sí que te gusta.

Sonrió. ¿De qué servía negarlo?

—Voy a hacerte un bebé, ya falta poco para casarnos.

—No bromees con eso, me asustas. Has pasado demasiado tiempo sin usar un condón.

—¿Y qué querías? Durante años me obligaste a usar esa porquería porque no podías ni verme sin condón porque creías que iba a embarazarte — se quejó.

Isabella sonrió tentada y él la besó, la arrastró de nuevo a la cama. Su miembro había vuelto a despertar y volvería a hacerlo.

—Todavía me da miedo.

Él sonrió.

—Ya no le tienes miedo, ahora te gusta.

—Ahora te amo, tonto.

Lo amaba, estaba loca por él, pero le daba miedo pensar en el futuro.

—Quédate conmigo, múdate a mi departamento. No me gusta que vivas sola allí.

—Sí, siempre lo dices.

—Porque eres mi mujer y me preocupo por ti. Déjame cuidarte, múdate vamos. Siempre dices que no. ¿De qué tienes miedo?

—De nada. Qué dices.

Isabella jamás pensó que su trabajo se transformaría en una pelea con su novio. Que días después llegaría tarde y todo estuviera de cabeza a causa de sus celos.

Un día apareció sin más en su departamento porque alguien le había enviado un mensaje extraño a su celular diciéndole que se acostaba con su jefe.

Ella lo miró espantada. Todavía la indignaba recordar esa escena de celos.

—Y tú crees que sería capaz de hacer algo tan horrible?

Él la miró nada listo a contradecirla o a gritar, oh claro que no, sólo la miró con intensidad.

—Mira este video.

Ella miró su celular el video con la conciencia muy tranquila. Hasta que vio a sus amigas preguntándole por lo guapo que era su jefe y ella se sonrió. Quedó colorada y alguien la filmó de cerca. Para que lo viera. Para que su novio viera su reacción.

—Alessio. ¿Realmente has venido a mi departamento de acusarme porque las gansas de mis amigas hicieron esto? ¿No entiendo el mensaje ni sé... quién rayos te mandó estos mensajes?

—No lo sé. No conozco el número parece anónimo.

—Es una estupidez. ¿Quién haría eso?

—Bueno, alguna de tus amigas al parecer quiso hacer una broma y yo no le encuentro gracia. ¿Así que tu jefe es muy guapo? Pues es hora de que lo plantes y dejes ese trabajo ahora.

—Dejar mi trabajo? Todavía no me caso contigo. ¿Y acaso esperas darme órdenes como si fuera tu sirvienta o tu esclava?

Él la miró furioso.

Siempre terminaban peleando por sus celos. A veces eran tonterías, pero esto era demasiado.

—Bueno, sólo te digo para que veas qué amiguitas que tienes.

—Mis amigas no hicieron esto.

—¿Ah no? ¿Y cómo llegó el video este a mi celular? Y estos mensajes de que te acuestas con tu jefe.

—Por favor Alessio. Eso que dices es horrible. Tengo que irme a mi trabajo ahora. Borra esos mensajes, no tengo idea quién pudo hacer algo tan horrible ni qué busca, pero al parecer debe ser una mujer interesada en ti.

—¿Una mujer? ¿Qué mujer?

—Pues dudo que sea un hombre interesado en mí. Es evidente. Tal vez esa amiguita con la que te divertías quiere volver y molesta con estas cosas.

Él se puso pálido cuando dijo eso.

—¿Cuál amiguita? No tengo ninguna amiguita sin embargo te diré que hace tiempo que una amiga tuya me escribe y me manda fotos desnudas y quiere invitarme una mamada porque dice que tú no me lo sabes hacer.

—¿Qué has dicho? Qué cosa horrible... no te creo.

—¿Ah no me crees? Pues mira, acá están. Molly Simms. Es tu amiga ¿verdad? Sabes no iba a decírtelo, pero como creo que esto viene del lado de ella te lo diré. No quiero que esta ramera me enrede con su fango. Pues sé que se acuesta con todos y al parecer me quiere a mí. A tus espaldas. Mientras se finge tu amiga, claro.

Isabella se puso verde cuando vio eso. no podía creerlo. Era Molly en poses sexuales muy explícitas enviándole mensajes de quiero chupártela Alessio y cosas así.

Rayos. Qué asco le dio. Vergüenza.

—¿Cuándo te mandó esto?

—Hace meses. Hace tiempo que noté que esta mujer me seguía. Pero si te decía no sabía qué hacer. sabía lo que era, siempre lo supe. No sé cómo tienes una amiga así. Pero ya le dije que me dejara en paz, no quiero ser grosero pues es tu amiga, pero esto ya se ha pasado de la raya me parece.

Isabella miró el reloj desesperada, llegaría tarde y prefirió avisar para no ser sancionada. Su jefe era muy estricto con eso.

—No puedo creerlo. Es horrible.

—Bueno, tenía que decírtelo. Ahora habla con ella para que me deje en paz. No sé cómo hacer para que esa puta me deje en paz. Ciertamente que ya no sabía ni cómo sacármela de encima. Pero soy un caballero. Y cómo decirte, la encuentro repulsiva. Y tal vez hizo esto para vengarse. Porque no me

interesa y al parecer ella imaginó que sí.

No llamó a su amiga como quiso Alessio, pero de pronto recordó que Molly siempre... siempre había dicho que su novio era muy guapo y estuvo muy interesada en saber todo lo que hacían en la cama. Por eso se ofreció a hacerle caricias pues la tonta de su novia no se daba maña con eso.

Lloró y se sintió mal, enferma. Y hasta tuvo ganas de vomitar su desayuno, pero se aguantó.

—No diré nada ¿entiendes? Ahora no. Luego hablaré con ella, pero esto es muy desagradable y...

—Bueno, si tú no la paras lo haré yo.

—¿Qué? Pero no entiendo. Pareces culparme de esto.

—No, no te culpo mi amor. Pero me da rabia. Esta mujer está loca y temo que te diga algo que no es.

—¿Qué harás?

—Bueno, sólo queda denunciarla por acoso para que deje de enviarme sus asquerosas fotos. Lo haré ahora.

Isabella comprendió que no podría ir a trabajar. Se sentía mal, en todo sentido.

—¿Y que hay con tu jefe? ¿Te pasa algo con él, te gusta?

—No. Por favor. Deja de inventar. Es horrible todo. Sabes que necesito ese trabajo y fui seleccionada entre muchas postulantes.

—Claro, vio tus ojos y decidió que iba a contratarte.

—Alessio, odio cuando te pones así. Me tratas como si fuera una cosa bonita sin cualidades.

—Es que eres una cosa bonita, eres una cosa hermosa Isabella y te juro que si descubro que ese tipo se acerca a ti lo haré pedazos. Tú eres mía, sólo mía oíste, mi novia virgen. Y así quiero que te quedes.

Odiaba cuando se ponía así, cuando la trataba como si fuera suya y le

perteneciera.

—No me hables así, no soy tuya. Tengo sueños sabes y quiero trabajar. No me quedaré de brazos cruzados en casa. Ve haciéndote a la idea.

Él sonrió.

—No necesitas trabajar. Yo podría pagar tus cuentas. Pronto serás mi esposa. ¿Por qué eres tan orgullosa?

—Porque me gusta ganar mi propio dinero, hace años que trabajo y planeo seguir haciéndolo.

—No trabajarás cuando seas mi esposa y lo sabes.

—¿Y por qué? ¿Porque quieres que viva sólo para ti?

—Sí, por eso. Porque cuando seas mi esposa te haré un bebé, siempre tendrás un bebé en la barriga y estarás muy atareada cuidando de tu familia como debe ser. No quiero ser abandonado por un jefe prepotente que mire tus piernas y te haga quedarte fuera de hora.

Isabella se sonrojó. Su jefe no miraba sus piernas, pero sí la hacía quedarse fuera de hora a veces.

—Eso no fue lo que acordamos.

Su novio sonrió y la llevó hasta el sillón para besarla y acariciarla.

—Bueno, hubo un cambio de planes cosa hermosa. Ven aquí. Déjame sentir lo dulce que eres, me muero por hacerte mía. Llevamos peleando más de una hora. Estoy cansado de pelear, sabes que no me gusta pelear.

Pero Isabella no estaba de humor para sexo, sin embargo, cada vez que la tocaba que la besaba la volvía loca. Pero el sexo era un alivio pasajero. En su mente estaban las fotografías que su amiga le había enviado a su novio.

No quiso confrontar a su amiga. Pero no dejaba de pensar en las fotos que

le había enviado a su novio.

Para colmo de males comenzó a sentirse muy estresada en el trabajo. Abatida, nerviosa y muy desbordada.

Pasó horas en audiencias y luego en el ordenador preparando y revisando los escritos que debían ser presentados al juez.

Y su boda se acercaba.

Su boda y posterior fuga a Italia.

La aterraba pensar en eso. su novio estaba tan contento con el viaje, pero a ella no le gustaba pensar que dejaría todo para irse a vivir a una mansión campestre del sur. El problema era que él no le decía cuanto tiempo se quedarían. Y ella sentía mucha rabia al pensar que tendría que dejar todo y no había fecha de regreso.

Pronto debería avisarle a su jefe que dejaría el trabajo.

Estaba muy cansada con todo.

Demasiado cansada. Y su novio estaba celoso de su jefe...

—Señorita Rossini. ¿Puede venir a mi oficina, por favor?

Hablando de Roma...

Entró temblando a su despacho. No era usual que él la llamara y supuso que algo había salido mal.

—Siéntese por favor. Es que quería pedirle que revisara el documento que voy a enviarle ahora.

Isabella suspiró aliviada, no era ninguna reprimenda, era uno de esos pedidos urgentes porque seguramente su jefe tenía que ir corriendo a una audiencia.

Lo hizo, y fue muy rápida, como él quería.

Sin embargo, notó su mirada y en un momento no pudo concentrarse. Ella tecleaba y él la miraba. La miraba a hurtadillas mientras hablaba por teléfono con otro abogado seguramente. No era un caso muy importante, un divorcio

bueno un divorcio millonario. Su jefe era experto en esa materia, pero no le divertían los juicios de divorcio prefería algo más jugoso, estafa, corrupción, asesinato...

—Señorita, disculpe que le haga esta pregunta, pero ¿por qué dejó la universidad de leyes?

Isabella sabía que esa pregunta era inevitable.

—No podía concentrarme, señor Carrington. Sentí que no podía y mis notas nunca fueron muy buenas, pero comencé a coleccionar malas calificaciones y decidí alejarme. Darle un tiempo. pero espero retomar el próximo semestre.

—Bueno, un tropezón no es una caída. Pienso que sería muy buena abogada, señorita Rossini.

—¿De veras? Me halaga, señor Carrington. Pero no estoy segura de eso.

—¿Por qué lo dice?

—Soy demasiado sentimental, demasiado ingenua. Me falta más firmeza y frialdad. Más espíritu combativo y persuasivo.

—Bueno, eso se a adquiere con la práctica. Sólo que no creo que pueda retomar los estudios si piensa casarse tan pronto.

—Puedo hacerlo.

—¿Y su novio la dejará? Me pregunto yo. Disculpe la impertinencia.

Isabella se puso roja y tragó saliva. Su jefe había metido el dedo en la llaga.

—¿Cree que estoy dominada por mi novio, señor Carrington?

—Oh no, bueno no lo sé en realidad. Sólo que en mi experiencia la mayor parte de las mujeres jóvenes que se casan dejan todo por su marido pues enseguida quedan embarazadas y eso lo arruina todo.

—Bueno, yo tengo mis sueños señor Carrington. Y ser abogada es un sueño pendiente. Por eso me casaré, pero nada de hijos.

No, ahora no estaba segura de nada. Se sentía entre la espada y la pared. Entre su amor por Alessio que la llevaría a Italia o dejarlo y quedarse en su país estudiando leyes. Lo pensaba con frecuencia. Le había pedido matrimonio sin mencionar jamás que pensara irse a Italia a vivir un tiempo. “Sólo serán unos años” le había dicho. Y no se irían solos, sus padres también se irían de la ciudad.

—Pues quisiera ayudarla a que cumpla sus sueños, señorita Rossini. Es usted muy buena negociando, es muy lista y perceptiva. Como sólo las mujeres lo son a veces.

Ella agradeció el halago.

—Señor Carrington, gracias, pero creo que tiene usted una idea estereotipada de lo que es una mujer, de lo que es el matrimonio.

—Tal vez, pero no me equivoco cuando digo las cosas. Machista o no machista. Todos los hombres somos un poco machistas señorita, pero no por eso somos malvados.

—El problema es que el machismo es el responsable de muchos males de este mundo, de la desigualdad, la miseria, la violencia...

—Pues yo no creo que sea culpa del machismo. Los hombres hemos gobernado el mundo y lo seguiremos haciéndolo porque somos los más fuertes, los más listos.

Eso era una provocación.

—Yo no creo que sean los más fuertes, son débiles. No saben vivir sin una mujer.

—Bueno, eso es verdad, pero eso no nos hace débiles, nos hace mejores al valorar que amamos a las mujeres y las necesitamos, no como algunas mujeres que prescindan de nosotros hasta para tener un hijo.

—¿Y usted cree que eso está mal?

—Está mal, muy mal porque mire usted las contradicciones de las

feministas, van por espermatozoides para tener un bebé y luego se mueren por querer saber quién era ese hombre, ¿cómo era, ¿qué pensaba? ¿Por qué mejor no tienen un hijo con un novio o pareja estable?

—Tal vez porque no encuentran al hombre correcto, por eso deciden tener un bebé por su cuenta.

—Eso dicen, pero yo tengo mis dudas. Porque no quieren estar atadas diría yo. No quieren soportar a un marido por sus hijos. Lo hacen con total frialdad y no las juzgo por eso, sino por ese niño que nacería sin padre, sin saber quién es su padre.

—A veces no encuentran el hombre adecuado no son capaces de vincularse de una forma sana con un hombre. No es su culpa. Cuando una mujer desea ser madre a veces es demasiado tarde, no hay tiempo para buscar marido, los años pasan y los años son implacables con nosotras.

—¿Entonces usted lo haría señorita Rossini?

—No... yo pienso distinto. Tendría hijos con un hombre que amara, cuando fuera el momento no ahora.

—Es muy joven, claro. Me extraña que piense así, que sea romántica. Quedan pocas como usted señorita.

—Oh no diga eso. Usted exagera señor Carrington. Parece creer que todas las mujeres nos hemos vuelto feminazis y lesbianas. No es así.

—Pero lentamente han dejado de necesitarnos. Es una realidad y eso nos vuelve inseguros. Depresivos. Nos ha cambiado todo esto. El hombre también se ha vuelto frío y elude los compromisos. Antes los roles eran más claros, la mujer en el hogar y el hombre era el sustento, la protección.

—Bueno, las cosas cambiaron hace muchos años, señor Carrington, no es de ahora. Pero creo que igual las mujeres buscamos ser felices, como ustedes los hombres, ambos buscamos lo mismo. No logramos conectar, no como antes porque las cosas han cambiado mucho y yo le diré algo: los hombres no

siempre buscan algo estable y no quieren ser padres. Mi antiguo jefe se hizo la vasectomía a los treinta años sólo porque una chica buscó embarazarse pinchando su preservativo. Y él dijo que un hijo le valdría muchos miles de dólares hasta que tuviera mantenerlo y no quería que una mujer se embarazara sin su consentimiento. Me pareció algo fóbico. Y muy loco. Tan joven quedarse estéril. Pero supongo que los hombres de hoy día también hay cambiado y hay hombres que decididamente no desean ser padres y eso es una realidad. Las mujeres sí. Es la naturaleza.

—Bueno, yo no quiero tener hijos, pero no llegaría tan lejos como su jefe.

—Si fue muy triste sabe, porque luego de esa operación descubrió que tenía cáncer en el páncreas y murió poco después, sin haber sido padre. Pero no le importó supongo.

Y de nuevo se enganchaban conversando y podían estar horas así, dejando el trabajo de lado, hablando como dos viejos amigos.

Era un hombre bastante duro y cerrado y sin embargo igual compartían puntos de vista y la charla siempre era enriquecedora. Agradable. Aunque se iban por las ramas. Tenía la sensación de que ese hombre la estaba cortejando, con mucha sutileza claro, sin embargo, a pesar de que podían pasar un buen charlando de lo que fuera no estaba muy de acuerdo con sus apreciaciones sobre las mujeres. Isabella se preguntó si no quería provocarla a la pelea o simplemente quería saber cómo pensaba ella.

Estaba exhausta cuando llegó a casa de su novio ese día, luego del trabajo y la zumba, ese nuevo grupo en el que se había anotado.

Sólo quería dormir en realidad.

Pero él quería guerra. Y luego de darse un baño e ir a cenar a un restaurant italiano del centro llegaron a su departamento y él la besó.

Levantó su falda corta sólo para saciarse de ella. ni siquiera esperó a desnudarla. Sólo quitó sus bragas y lo hizo.

Eso le quitó el cansancio en el acto, rayos, gimió enloquecida cuando sintió que su boca atrapaba los pliegues de su sexo como una ventosa, pero luego quiso que la abrazara. Que la besara. Echaba de menos que fuera más tierno como antes. Ahora siempre quería sexo oral, caricias, besos y ella cedía a sus deseos, pero luego sentía que faltaba más ternura cuando hacían el amor.

Él la abrazó y la besó, pero luego liberó su miembro para que le hiciera mimos.

Era su dulce favorito, lo excitaba mucho verla allí, arrodillada como su esclava sexual. O ella se sentía así.

Ya no era tan tímida y sabía cómo darle placer. Él le había enseñado cómo hacerlo y lo volvió loco cuando engulló su miembro y lo devoró todo y comenzó a brindarle caricias, a engullir un poco más sin dejar de chupar, lamer, besar...

Él siempre le decía que se detuviera y ella obedecía porque siempre lo hacían así.

Pero esa noche él la alentó a seguir y le preguntó si quería probar.

Ella lo miró excitada. Sí estaba muy excitada y quería saber cómo era. Sólo había tragado un poco unas gotas y le había gustado.

Asintió con la cabeza sin dejar de succionar como si quisiera sacarle hasta la última gota.

Él trataba de aguantarse, no quería hacerlo, pero de pronto sujeto su cabeza y acarició su cabello y sus labios y lo hizo.

Ella gimió al sentir su sabor, tantas veces lo había deseado, pero él no se animaba hasta ese día que derramó hasta la última gota, una y otra vez y ella

tragó todo y se sintió saciada, satisfecha al tiempo que sentía un orgasmo muy fuerte y se retorció de placer.

Él liberó su miembro y se inclinó para enloquecerla mucho más provocándole gritos y gemidos de placer.

Nunca antes había disfrutado tanto del sexo con su novio, jamás fue así y pensó que había sido una tonta. Se lo estuvo perdiendo todo. lo mejor por ser tan tímida y vergonzosa.

—Preciosa... te amo. Eres maravillosa, eres toda una mujer —le dijo su novio al oído mientras se fundían en un abrazo apretado. Todavía seguía sintiendo que ese abrazo era lo mejor de todo. El broche de oro. El momento en que se fundían con sus cuerpos y él se quedaba calmado y satisfecho y le decía cuánto la amaba.

—Quédate conmigo preciosa, no te vayas.

Siempre se lo pedía y ya faltaba menos para la boda.

—Me quedaré.

—No solo hoy, siempre. Múdate conmigo.

Ella sonrió.

—Está bien.

No estaba segura de querer hacerlo, pero tanto le insistió que al final no pudo negarse. Isabella pensó que mudarse sería una prueba. Una prueba antes de la boda para saber cómo se llevaban. No pensó que hubiera problemas. En realidad, solían llevarse bien.

Sus padres no dijeron nada. A fin de cuentas, era grande y pronto se casarían.

Una mañana la llamó su amiga Molly, es decir su ex amiga.

No fue capaz de atenderla. Llamó, insistió y hasta le dejó un mensaje en el celular. No entendía cómo fue capaz de hacer lo que hizo y encima tenía el descaro de llamarla, de fingir que todo estaba bien. Leyó el mensaje en el que

preguntaba cómo estaba todo.

Qué mujer tan falsa.

Sin embargo, no quería hablar con ella ni verla.

La apartó de sus pensamientos y se preparó la cena de esa noche. Un vestido rojo de algodón largo, entallado, tacones, aretes de oro...

Alessio silbó y la miró con una mirada cargada de lujuria. Rayos, ahora que la tenía en su departamento quería hacerlo todos los días... tanto sexo la cansaba.

Fueron a cenar a un restaurant muy bonito y pintoresco en el centro de la ciudad. No esperaba encontrarse a su jefe que le sonrió y se acercó a saludarla con mucha espontaneidad.

—Buenas noches señorita Rossini. ¿Cómo está?

Su novio lo miró con cara de perro.

—Bien. Gracias señor Carrington. Él es mi prometido. Alessio Ferrari.

Ambos se saludaron casi con un gruñido y cuando su jefe se alejó y regresó a su mesa su novio bufaba. No dejada de mirarla como si hubiera hecho algo malo.

—Ese tipo es tu jefe? —preguntó.

Conocía bien esa cara de perro, la ponía cada vez que alguien la miraba o que ella se sonrojaba al sentir la mirada admirativa de algún galán. Era una tontería. Todos veíamos hombres guapos y los hombres también, veían chicas muy guapas por la calle o en algún lugar y no pasaba nada. Sólo era una tontería.

—Sí, es mi jefe. Está con una chica. ¿Lo ves?

—Sí, una de esas mujerzuelas de catálogo.

—¿Qué dices?

Su novio nunca había hablado así y al verla molesta dijo con voz muy suave:

—Una ramera fina que tal vez fue a la universidad. Dudo que sea su novia o su esposa. Y eso no me importa, lo que me molesta es la forma en que te miró. Como si no fuera tu jefe. Vaya. Ahora entiendo por qué te hace quedarte fuera de hora.

—Alessio. Por favor. No puedes estar hablando en serio.

—Sí, hablo en serio. ¿Crees que soy un tonto? Soy hombre también y sé cómo mira un hombre a una mujer que le gusta.

—Eso no es verdad. Mi jefe es un hombre muy respetuoso. Jamás... eres ridículo. Tienes unos celos enfermizos Alessio. De veras. No puedes hablar en serio.

—Y sigue mirándote. Busca tu mirada. Es un cretino. ¿Acaso no sabe que tienes novio?

Isabella se sintió tan incómoda, enferma en realidad y cuando llegó la camarera dijo molesta que no iba a pedir nada.

Nunca lo había visto así, parecía otra persona y furiosa quiso irse.

—Está bien, vamos a otro restaurant. Ya no soporto ver a ese tipo mirándote. Tengo ganas de tumbarlo por atrevido.

—Alessio. Por favor. No—Isabella se sintió enferma por sus celos, por la forma de comportarse como si fuera un león dispuesto a despedazar a otro para quedarse con la hembra.

Odiaba esa parte animal de las personas, lo había notado antes en otras personas, los celos, la violencia, era la parte más ruin de los seres humanos. Siglos de humanidad, de progreso, de ciencia y nada había podido con esa parte despreciable. Por eso había cárceles, manicomios y también lugares alejados de la montaña, islas para alejarse de lo más despreciable de la raza humana.

Y cuando fueron a su auto él seguía furioso por supuesto.

—Para ya Alessio. Te comportas como un salvaje.

Él la miró molesto.

—Lo que me da rabia es saber que trabajas para ese tipo. Vi cómo te miraba. me crees tonto? ¿Me dirás que no te diste cuenta?

—Que me di cuenta de qué? Mi jefe es un caballero y además trabaja muy duro todos los días. ¿Crees que busca enredarse con mujeres insignificantes como sus empleadas? Además de eso te diré que no soy una coqueta. Soy tuya y nunca te engañaría. Ahora por favor deja de comportarte como un rufián en celo furioso de que otro animal quiera arrebatarle a la hembra.

Él la miró molesto, pero finalmente rio.

—Sé que eres mía pero no me gusta que otro quiera tenerte y que se caliente mirando tus piernas o deseando tus labios. Porque eso debe hacer todos los días cuando te ve en su oficina.

Los ojos color miel de Isabella se abrieron como platos.

—¿Tú estás loco o qué? Oh vamos, deja de inventar. Dices eso para que quede en casa como una esposa gorda y aburrida. Estresada. ¿Es lo que quieres?

—No, sabes que no soy un troglodita. Jamás te pediría eso. tú quieres mezclar las cosas. Pero no me gusta ese hombre.

—Bueno, a mí tampoco me gusta. No tenemos nada, ¿sí? Sólo es mi jefe.

—Ese maldito te quiere coger. Lo vi en sus ojos. Y está esperando el momento propicio para hacerlo. Por eso te hace quedar fuera de hora. Debía imaginarlo. Fui tan estúpido.

—No me hables así, respétame. Estás haciendo insinuaciones groseras y muy desagradables. Pensé que eras un hombre ducado, Alessio, diablos.

—Solo dije la verdad.

—¿Porque lo viste una vez ya sacas todas esas conclusiones? Pues no renunciaré. Me gusta mi trabajo y te aseguro que conmigo nadie se hace el

listo, de haber notado algo inapropiado o fuera de lugar yo misma habría renunciado.

—Tú eres muy inocente, Isabella. No tienes maldad. Eres como una niña.

—No soy una niña ni soy boba. Por favor. Deja de decir tonterías. No soporto los celos ni las acusaciones que no tienen fundamento. Voy a casarme contigo, pero no quiero que eso te haga cambiar y te conviertas en un marido insoportable y celoso.

—Soy celoso, preciosa. Siempre lo he sido. Pero me controlo.

—Entonces contrólate y madura. Los celos son para los hombres inseguros y violentos.

—Yo no soy violento. Ni tampoco inseguro. Sé que eres mía, toda mía. Ven aquí mi gata... deja de pelear y pidamos la cena en el departamento. Ya tenemos el postre...

Típico de su novio querer arreglarlo todo con una cena con velas y de postre: sexo.

Isabella se sintió mal luego de la cena y se fue a dormir molesta. Y cuando él la buscó cariñoso como hacía siempre ella le dijo que estaba cansada.

Él la abrazó con fuerza.

—Te amo Isabella —le dijo al oído—Por eso siento celos, no es porque desconfíe de ti.

Se miraron en la oscuridad y él le dio un beso ardiente y desesperado.

Sin embargo, sabía que volverían a tener problemas por su jefe, lo presentía.

Ella no pensaba renunciar. Era el mejor puesto que había conseguido en años y no lo perdería por celos tontos de su novio.

Isabella tuvo que aceptar que estaba nerviosa por la boda y por eso había adelgazado y se sentía enferma de repente. Estresada y olvidadiza. Y eso se notaba en el trabajo, por desgracia.

—Lo siento, señor Carrington.

Tuvo la sensación de que lo decía por enésima vez.

Él la miró muy serio pues se había equivocado al enviarle unas carpetas.

—¿Le pasa algo, señorita Rossini?

—Estoy algo nerviosa, eso es todo.

—Y distraída.

—Sí, es verdad.

—¿Por qué no se toma un descanso?

—No es necesario.

—Tal vez sí. Si lo necesita puede tomarse unos días. Este trabajo requiere toda su atención y si comete errores al revisar las demandas eso sería un problema.

—Eso no pasará señor Carrington, lo prometo.

Él la miró muy serio como si no estuviera muy convencido de eso.

Se sintió muy tonta entonces y regresó a su oficina con el rabo entre las patas. No podía entender qué diablos estaba mal en su vida. Iba a casarse con el hombre que amaba y todo estaba bien, luego de esa pelea por celos nada más había pasado, pero sentía que algo no estaba bien.

Ella lo amaba, iban a casarse pronto. ¿Qué podía estar mal?

Quizás ese trabajo se estaba poniendo demasiado pesado.

O era la sensación de asfixia que sentía a veces. Podía tomarse unos días.

Y sin embargo no quería hacerlo. Sentía que estaba aprendiendo mucho y pronto tendría que acompañar a su jefe como asistente de un juicio y eso la llenaba de ilusión.

Sin embargo, estaba nerviosa por su boda. Y no sabía por qué. Hasta había comenzado a sufrir nervios. Casi no podía comer nada porque todo le caía mal.

Cuando le contó a su madre por teléfono le dijo que fuera la médica. Pues podía ser una úlcera por nervios.

—Mamá, qué exagerada eres.

—Ten cuidado. El estrés y los nervios. Tú siempre has tenido el estómago débil, desde niña, cualquier cosa te hacía vomitar —le recordó su madre.

—Son los nervios por la boda.

Cuando le contó a su amiga Lorie al día siguiente esta le dijo con malicia:

—¿No estarás embarazada?

—Eres una maldita.

—Bueno, yo decía... siempre empieza como un malestar. Mareos, vómitos. Es típico.

—No tengo mareos, sólo me duele el estómago y es por nervios.

—¿Y por qué estás tan nerviosa? ¿Es por la boda? Rayos, sí que es un estrés casarse.

—Claro que quiero casarme.

—Isabella... por qué no has venido a las reuniones de chicas? Se te echa de menos.

—Bueno, es que no he tenido tiempo. El trabajo, la boda.

—Molly dice que no atienes nunca las llamadas. ¿Qué pasa Bella?

Isabella tragó saliva.

—No quiero hablar de eso ahora, pero pasó algo sí, con Molly, no con las demás.

—Pasó algo?

—No puedo decirte por teléfono. No digas nada, ¿sí?

Tanto insistió su amiga que le dijo la verdad.

—¿Molly? Ay no, ella no haría algo así.

—Pues sí lo hizo, mi novio me mostró las fotografías. Estoy furiosa y además tengo un bloqueo espantoso que no soy capaz de confrontarla, de decirle nada. Fue muy difícil.

—Isabella. Creo que tienes que hablar con ella. Yo no creo que...

—Ay vamos. Tú la conoces.

—Sí, ya sé es una zorra, pero no sería capaz de meterse con el novio de una amiga. Eso es algo grueso y no sé por qué...

—Mi novio me lo dijo porque estaba harto. Él se lo calló sí, pero... dijo que va a denunciarla por acoso y bueno, no quiero ni estar cerca cuando eso pase.

—La denunciará?

—Sí sigue enviándole fotos sí. Dile a Molly por las dudas. No quiero que esto crezca, quiero que se corte aquí. Realmente ha sido terrible lo que hizo.

—Pero yo no puedo meterme.

—No te meterás, le harás un favor. Porque si mi novio la denuncia no lo pasará bien. Ciertamente que no entiendo qué pasa por la cabeza de Molly.

—Ni yo lo entiendo. Me cuesta creer que... pero hablaré con ella. puesto que tú no quieres.

—Te lo agradezco, Anne.

—Y tú hazte un examen por las dudas. Un test.

—Oh no calla no seas malvada.

Isabella se sintió mucho peor después de hablar por teléfono.

Se asustó mucho por lo del embarazo.

Sabía que no podía ser porque siempre menstruaba regularmente.

Además, se cuidaba con las píldoras todos los días.

Pero su novio se resistía a usar condón, rara vez lo usaba. Cada vez menos. Y luego de mudarse lo hacían todos los días.

De pronto se puso a pensar que llevaba tiempo sin tener la regla. Los nervios de la boda, su mudanza, el nuevo trabajo...

Buscó en su agenda pues ella anotaba todo allí, hasta la fecha de su regla. Era pequeña y la tenía siempre en su cartera de mano. Allí estaba.

Todas las anotaciones.

Y la regla no estaba. Por ningún lado desde hacía dos meses.

No. sí había una anotación. “Pequeño sangrado no llega a ser la regla”. Y lo había anotado.

Tragó saliva y recordó la vez que tuvo sangrado de ese estilo, un leve sangrado y luego descubrió que estaba embarazada hacía tiempo.

Otra vez... no, no podía ser.

Desesperada fue en busca de un test. Tenía que salir de dudas.

Sabía que eran seguros.

Corrió al supermercado a hacérselo. Tenía prisa pues su novio tardaría en regresar del trabajo.

Compró una prueba de embarazo en el supermercado más cercano y se encerró en el baño para hacerse el examen pensando que a lo mejor era un retraso.

Eso parecía a simple vista. Una sola raya. Estaba salvada. Oh, qué alivio.

Cuando pensaba que era libre vio cómo se marcaba la segunda raya. Más débil que la otra, pero había otra raya.

Rayos. ¿Entonces qué era eso?

¿Cómo era posible que se marcara bien una raya y más débil la otra? ¿Le habría fallado el test? Quizás no marcó bien.

Desesperada pidió otro test a la farmacia, el que fuera más confiable.

Demoraron en traérselo, pero cuando lo tuvo en sus manos regresó al

baño para extraer la muestra y aguardó impaciente. Este no podía fallar.

Cuando vio el resultado tembló. Las dos rayas se marcaron casi enseguida. Estaba esperando un bebé... no podía ser.

De pronto pensó que todos sus sueños se habían convertido en una pesadilla.

Su boda ya no era ese momento romántico con su novio de siempre. Pues allí estaba con la prueba de embarazo en la mano preguntándose cómo haría para tener un hijo siendo tan joven.

Otra mujer en su lugar se habría sentido feliz. Emocionada al pensar que llevaba un hijo en su vientre.

Ella pensaba que si quedaba embarazada sería la muerte, la tumba de todos sus sueños. Su vida perfectamente organizada se haría trizas.

Llamó a la oficina y dijo que no iría a trabajar.

Tenía que ir a la clínica para hablar con su doctora.

Miró a su alrededor aturdida. No dijo a nadie lo que estaba pasando.

Entró en la clínica y habló con la secretaria de la doctora. Debía esperar pues estaba con una paciente. Esa espera se le hizo eterna y de repente comenzó a ver mujeres con bebitos que aullaban todo el tiempo. Lloraban y lloraban y nada podía calmarlos.

De pronto una enfermera la llamó.

—La doctora quiere verla, señorita Rossini. Venga —dijo.

Entró en su despacho y conversaron y le mostró los dos test de embarazo.

—Oh Isabella. Qué buena noticia. ¿Estás feliz?

Se conocían de años, para ella un embarazo siempre era una buena noticia pues era doctora obstetra.

—En realidad es muy extraño y no lo esperaba doctora. He tomado la píldora desde hace años.

La doctora revisó la historia clínica.

—Esos test son seguros?

—Sí, lo son. Detectan la hormona del embarazo en la orina. Pero puedo hacerte más exámenes si quieres. Un simple estudio de sangre dirá si estás embarazada y el tiempo.

—Está bien. Sí...

Tuvo que esperar dos horas para saber los resultados.

La cara de felicidad de su doctora le hizo comprender que en efecto sí estaba embarazada.

—Tienes entre diez y once semanas de embarazo.

—¿Diez semanas? Pero eso es...

—¿Has tenido la regla de forma irregular?

—Hace dos meses tuve un pequeño sangrado.

—Allí está. A veces sucede.

—Pero las pastillas, las tomé todos los días...

—Fallaron. Hay un bajísimo porcentaje en el que fallan, un uno por ciento.

Y ella era parte del uno por ciento.

—Pero vas a casarte, esto debería ponerte feliz. ¿Qué pasa Isabella?

—Sí, lo sé, pero no es el momento doctora. Tengo que interrumpir este embarazo. Ha de ser muy reciente.

—No, no es reciente. La concentración en sangre dice que tienes entre diez y doce semanas. ¿Realmente piensas en interrumpir tu embarazo?

Más que su doctora parecía su madre.

—Pero es muy pronto. No estoy lista.

Isabella lloró cuando comprendió que no había error y que tenía más tiempo de lo que imaginaba.

—Isabella, sé que estás asustada, pero esto no puedes decidirlo ahora, debes pensarlo primero y saber si realmente quieres seguir adelante. Tú

conoces mi opinión, sabes que estoy en contra del aborto, además, bueno, creo que el bebé se adelantó a la boda. Piensa en eso. No es el fin del mundo. Tienes pareja, vas a casarte. Es distinto cuando una mujer se entera de que está embarazada y no tiene pareja o los medios para hacerse cargo de un hijo.

—Pero es el fin de todo para mí. Tenía muchos proyectos, muchos sueños. Este bebé lo arruinará todo.

—Estás asustada, esta noticia te tomó por sorpresa, pero es una vida dentro de ti. No influiré en tu decisión, es tu cuerpo, es tu vida. Sólo te ruego que lo pienses con calma y tomes una decisión cuando estés más tranquila. Ahora estás asustada, nerviosa y es natural que lo estés pues todo fue muy inesperado. Tómate unos días en el trabajo. Descansa y bueno, debo hacerte más estudios. Esto es recién el principio. Pero deberás descansar, alimentarte mejor y tomar vitaminas prenatales. Sea cual sea tu decisión es necesario seguir con una rutina de exámenes y cuidados.

Tuvo que quedarse.

Una hora después le hicieron una ecografía para confirmar el embarazo y el tiempo de gestación.

La colocaron en una camilla, le colocaron un gel frío en el abdomen plano y allí con un aparato buscaron al bebé en su útero.

—Aquí está —dijo el ecógrafo y señaló lo que parecía ser un huevo en el medio de una bolsa oscura.

No era un huevo, parecía una media luna. Una medialuna que ya tenía cabeza, un ojo negro y un corazoncito latiendo enloquecido.

Las medidas eran normales y coincidían con el tiempo de gravidez de diez o doce semanas. ¡Tres meses de embarazo! Debió quedar embarazada en las últimas vacaciones de verano, antes de empezar a trabajar. Cuando su novio la llevó al Caribe, a esas playas transparentes, paradisíacas. Estuvieron casi una semana encerrados por la bendita tormenta.

No tenían nada más que hacer que mirar televisión y copular sin parar y sin condón... fue allí. Claro. Él le hizo ese bebé, fue tan irresponsable. Estuvo insaciable esa semana como buen italiano que era.

Abandonó la sala sintiéndose peor que antes.

Tenía vida. Su corazón latía y una cabeza grande y el cuerpo era como un calamar.

El calamar que nació en las vacaciones en la playa.

Tenía sentido.

Su novio la llamó entonces para almorzar y ella dijo que no podía, que tenía que hacer unos trámites inventó. Sintió un nudo en la garganta. No podía ser verdad, no podía estar pasando.

Abandonó la clínica una hora después aturdida, aterrada, sintiéndose mal por pensar que la única solución era ir a una clínica abortiva. Tenía en su bolso los estudios y las vitaminas prenatales. Debía hacerse muchos estudios y no estaba de humor ese día, escapó apenas pudo pues el olor a hospital la hacía sentirse enferma.

No podía decirle nada a su novio todavía.

No hasta decidir qué haría con ese bebé.

Estaba furiosa con todo eso. Era la peor noticia que podía haber recibido. Por unas píldoras, unas píldoras falladas. Quizás se la vendieron vencidas o adulteradas y ella fue tan estúpida no revisar. ¿Realmente tomó esas píldoras?

Se tragó ese secreto y esa noche hizo el amor con él para que no sospechara nada. Se lo había pasado mal, tirada en una cama deprimida y necesitaba algo que la animara.

Él no lo adivinaría porque en vez de engordar había adelgazado.

Trató de que todo fuera como antes para que no sospechara nada, se dejó llevar por su lujuria y sintió que necesitaba sexo, sexo para calmar su rabia y

angustia. Pero esa noche no hubo tantos juegos, quería copular y tuvo los mejores orgasmos. Cayó rendida en sus brazos, pero de pronto se sintió rara y vacía, insatisfecha.

Sabía lo que pasaría.

Sabía que pronto sería como su prima, encerrada en casa preñada sin poder hacer nada, sin poder trabajar ni siquiera salir a ningún lado porque la panza sería enorme.

Entonces recordó ese corazón que latía y esa cabecita en ese cuerpo en forma de calamar. Era una vida maldita sea, aunque sólo fuera una cosita con forma de medialuna, de croissant, tenía vida.

Siguió el consejo de su doctora y se pidió unos días libres para pensar.

Ahora sólo faltaba un mes para su boda. Llevaba tres meses trabajando para la firma de abogados y entró allí luego de sus vacaciones, con un bebé en la barriga.

Los días pasaron y su angustia aumentó porque seguía sintiendo un horrible rechazo por su bebé. Tanto que nadie lo sabía todavía. Nadie.

Iba a tenerlo por supuesto, era su bebé, un ser inocente y por momentos la emocionaba pensar que estaba esperando un hijo de Alessio. Era su novio y lo quería, pero luego... sentía miedo, rechazo hacia ese niño. Y eso la hacía sentirse mal. Muy mal.

Lo raro era que su novio no se diera cuenta de nada, que no notara que estaba deprimida y triste.

Él se había alejado de ella esos días, estaba muy metido en su trabajo porque su futuro suegro pensaba ampliar el local luego de tener tan buenas ventas esos últimos tiempos.

Llegaba tarde esos días y se iba derecho a dormir. Exhausto y cansado por el trabajo. Además, se pasaba hablando con personas por teléfono en italiano.

Y ella se dormía antes porque el embarazo le daba sueño, cansancio. O quizás la angustia le quitaba energía.

Sentía que un vendaval se le venía encima: la boda, el viaje, el bebé...

Sin embargo, alguien se dio cuenta de lo que le pasaba.

Era increíble que un extraño sí lo notara, la viera distinta.

Su jefe la invitó a almorzar un día para contarle de su último juicio.

Fue algo incómodo porque notó las miradas cuando se fueron juntos, pero no le importó.

Estaba deprimida y deseaba que cualquier cosa la distrajera.

Así que fueron a un restaurant pequeño y discreto, aunque muy costoso para almorzar y conversar.

Ella tuvo antojo de comer carne roja y tres ensaladas.

Se pusieron a charlar mientras esperaban la comida y él sonrió.

—Me alegra verla más animada, señorita. La he notado tan triste estos días que me preguntaba si acaso se siente incómoda en el trabajo.

Ella lo miró sorprendida. No podía creer que sólo él se diera cuenta de que le pasaba algo. No era su novio, ni su amigo. Era solo su jefe y se veían tan poco durante el día.

—Es verdad... estoy muy angustiada señor Carrington. Pero no es por el trabajo. Al contrario. El trabajo me hace bien, me distrae, pero ... ¿Cómo lo notó?

Interesante pregunta. ¿Cómo se dio cuenta si apenas se cruzaban en esas ocho horas?

Él la miró con intensidad, con esos ojos oscuros, esa mirada tan fuerte que la turbaba y la hacía sentirse como una colegiala tonta. Iba a sonrojarse.

—Señorita, tiene usted la mirada triste. Y no lo puede disimular. La he estado observando y sé que no es el estrés por su boda o alguna riña con su novio. Es algo muy profundo. Disculpe que se lo diga, tal vez piense que me estoy entrometiendo. Pero yo observo a las personas y me preocupa su mirada.

Ella lo miró y demoró en decirle hasta que luego de que llegara el almuerzo lo miró y le dijo que estaba embarazada.

Lo dijo con lágrimas en los ojos.

Su mirada cambió. Estaba sorprendido o eso le pareció, no podía creer que una mujer no saltara de felicidad al saber que sería madre.

—¿Y por qué eso le causa tanta pena?

No lo entendía, parecía desconcertado y tenía razón, ni ella lo sabía.

—Es que estoy aterrada, señor Carrington, no quería esto. No planeaba tener un bebé ahora. Voy a casarme y deseaba poder trabajar, retomar mis estudios, pero hubo un cambio de planes. Siento tanta angustia, tanto rechazo que... me siento mal por eso, por no desearlo, por sentir que no quiero que esté allí.

—Es difícil, me imagino, si no fue planeado... ¿Pero su novio lo sabe?

—No, no se lo he dicho todavía, no me animo porque no sé si lo tendré señor Carrington y eso me hace sentir mal porque no veo bien abortarlo, sé que no lo haré, pero también temo que luego creo que sentiré rechazo, sufriré más depresión y nada saldrá bien.

—Está asustada en realidad, señorita Isabella. La aterra la idea de ser madre porque no estaba en sus planes. No es rechazo. Es miedo.

Isabella lo miró sorprendida.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Porque lo he visto con frecuencia, muchos padres sienten lo mismo. Verá, estuve casado hace tiempo y mi esposa se obsesionó con tener un hijo. Durante mucho tiempo lo intentamos y nada y de repente, cuando nuestro

matrimonio naufragaba quedó embarazada. Sentí lo mismo que usted. Rechazo y terror. Porque para tener un hijo hay que amar mucho a una mujer y sentir que ese hijo es el fruto de un amor y de una familia. Un hogar. Le sonará anticuado, pero soy de la idea de que no es justo para un hombre recibir una demanda de paternidad de una mujer con la que tuvo una aventura y que se embarazó por capricho. Un hijo hay que desearlo, hay que amarlo. Y yo quería a mi esposa, pero nuestra relación iba mal, muy mal. Mi matrimonio fue un error en realidad. Y sentía que ese niño me ataría y no nacería en un hogar feliz, rodeado de amor. Y me asusté y tuve ganas de correr, pero me quedé y me deprimí bastante. No lo deseaba y no entendía por qué ella me había hecho eso cuando estábamos por separarnos.

—¿Y qué pasó después?

—Perdió al bebé poco antes de pasar los tres meses, fue espontáneo.

—Debió ser muy triste para ella.

—Sí, lo fue, pero luego se casó con otro hombre y ahora está embarazada y todo parece ir bien. Está feliz. Y me alegro por ella. ¿Pero no es lo mismo con usted señorita? Es joven, va a casarse con su novio, le dará un hogar a ese bebé. No debe estar triste. Al contrario.

—Lo sé, pero... Ya no es lo mismo. No sé por qué, pero ya no quiero casarme. Pero con un bebé en la barriga estoy atrapada y me siento horrible. Fue un descuido. No sé qué pasó, pero le juro que no fue planeado. Siento pánico por la boda, y ahora por este niño que no busqué.

—Señorita Isabella, no me debe explicaciones. Deje de atormentarse de por qué pasó, es una vida, un bebé pequeñito y me imagino que cuando nazca todo saldrá bien. He observado que el instinto maternal es muy fuerte en las mujeres, no importa que tan independientes o emprendedoras sean, el instinto maternal es mucho más fuerte en las mujeres guapas y jóvenes, además, como usted. Sé que lo querrá, ahora está asustada y eso es normal pero más adelante

sé que va a adorar a ese niño.

—Pero mi trabajo, mis estudios...

Él la miró ceñudo.

—Señorita. Estamos en el siglo veintiuno. Las mujeres se embarazan, van a un banco de esperma, y trabajan, estudian, bailan. Llevan una vida normal completamente. En realidad, son los últimos meses cuando las mujeres se sienten pesadas, pero antes de eso, pasan meses sin que se les note el embarazo. Y si piensa en mí le aseguro que no soy un jefe detestable que la despedirá cuando su embarazo se note. Puede trabajar hasta el final si lo desea.

—Señor Carrington ya no podré seguir trabajando luego de mi boda.

Él la miró alarmado.

—¿Su novio no la deja?

Se oía horrible, su novio no la dejaba, el colmo de la dominación patriarcal.

—No es eso, pero él... Deberemos viajar a Italia luego de la boda, tiene parientes allí y quiere verlos. Estaremos ausentes algunos meses y eso...

—Se irá a vivir a Italia? ¿A qué parte?

—Al sur, a Nápoles. Una casa muy antigua. Parece que un tío anciano vive allí y está emperrado en encontrar un tesoro en sus tierras. Cree que se hará millonario y el padre de mi novio quiere ayudarlo. No lo sé... tal vez me quede de forma permanente y me asusta un poco. No estaba en mis planes en realidad.

—Bueno, es su decisión señorita. No puedo intervenir en eso. Italia es un país hermoso, tengo parientes allí.

—De veras?

—Sí, son primos de mi padre. Viven en Milán y los veo cuando viajo a Europa. Son muy cariñosos. Me esperan con un almuerzo succulento y vino de

su bodega. Son algo mayores pero muy afectuosos.

—Mis familiares están en Módena y supongo que iré a verlos, pero...

—Voy a echarla de menos señorita. Casi me había acostumbrado a tenerla allí —dijo su jefe y la miró con cierto pesar.

La llegada del almuerzo puso una pausa en la conversación.

Isabella se sintió mejor luego de charlar con su jefe. Le gustaba tanto su forma de pensar. La ayudaba a enfrentar las cosas y le daba ánimo, siempre lo hacía. Pero ese día fue especial. Por primera vez le abrió su corazón y sintió que había algo, había algo entre ambos que era simple camaradería de jefe y empleada. La forma en que le habló, sus miradas...

—¿Y cuándo hará ese viaje señorita? —le preguntó cuándo llegó el postre.

—En un mes. En un mes me casaré y luego...

—Rayos. Falta sólo un mes —dijo asustado.

Ella asintió.

—¿Y ahora es seguro que se casará porque está esperando un bebé, no es así?

Isabella sintió un nudo en la garganta cuando dijo eso.

—Quisiera quedarme en realidad, quisiera que todo fuera como ahora.

—Usted es tan joven... no lo sabe, pero es dueña de su vida, señorita Isabella. Si no quiere viajar a Italia no lo haga. Convenza a su novio de quedarse.

¿Convencer a Alessio Ferrari? Imposible. Pensó.

En ningún momento le preguntó si quería vivir en Italia, dijo que debían viajar y punto.

Regresaron al trabajo en silencio y ella pensó que debía decirle a su novio y convencerlo de que se quedaran en Boston un tiempo más, pues la asustaba tener un bebé en el medio del campo.

Esa noche, cuando llegó al departamento novio la esperaba con cara larga. Supo que algo pasaba y no era bueno, no podía ser bueno.

—Te llamaron de la clínica de la doctora Sanders. Al parecer te dejaste la carpeta con los exámenes de sangre. ¿Acaso estás enferma? ¿Qué son estos estudios?

No, no lo sabía y no estaba enojado, su novio estaba asustado porque pensaba que tenía un tumor y moriría en tres meses. Siempre pensaba lo peor. Era tan inseguro. Bueno, sus padres lo tuvieron mayor y su madre era terrible alarmista.

—Iba a decirte... es que estuve sintiéndome mal y fui a la doctora a hacerme estudios.

—Estudios? ¿Qué tienes?

—No es grave, deja de mirarme así. No voy a morirme ahora. Sólo es que estoy embarazada Alessio.

Su cara se transformó.

—Embarazada? ¿Pero por qué no me dijiste nada?

—Quería estar segura y luego me asusté. Estoy muy asustada. No lo esperaba. No estaba en mis planes y no sé ni cómo...

Él sonrió y pareció en shock. Para su novio era una buena noticia. Pero lo tomó por sorpresa. Ella vivía cuidándose y durante años lo obligó a usar el condón pues no se fiaba de las pastillas y luego, cuando él se hartó, a los meses quedó embarazada. Y ahora de nuevo...

—Isabella. Entonces todo esto es del bebé, esta fotografía.

—Sí, me hicieron una ecografía y hay una imagen.

—Debiste avisarme. Quería ver al bebé.

—Es muy pequeño.

Él la abrazó y le dio un beso ardiente.

—¿Pero cuánto tiempo tienes?

Quería saberlo todo.

—Tres meses.

—Pero no se te nota. Al contrario, pareces más delgada. Debes alimentarte mejor y ... mis padres se pondrán muy contentos.

—Los mío no, son muy conservadores.

—Isabella. Tenemos que adelantar la boda. Porque ya tienes tres meses. Y cómo...es que no entiendo. Cómo no te dista cuenta antes.

—Es que tuve la regla, fue poco, pero la tuve hace dos meses, luego con esto de la boda no me di cuenta, me olvidé.

—Isabella entonces fue...

—Fue en las vacaciones de verano sí, debió ser entonces.

Él sonrió feliz. Pero luego le dijo que no podía seguir trabajando.

—Debes cuidarte. Esto lo cambia todo. tenemos que casarnos ahora. No podemos esperar tanto.

Ella protestó.

—Exageras, sí podemos esperar. en realidad, estoy muy asustada ahora, me cuesta mucho hacerme a la idea de que tendré un bebé. Necesito tiempo y...

—¿Qué quieres decir con eso? ¿está allí y es mío, o es de otro?

Pensó que bromeaba, no podía hablar en serio.

—Es que no entiendo por qué dices que necesitas tiempo. Estás embarazada y tienes casi tres meses.

—Pero no lo sabía, no me di cuenta. Acabo de enterarme y todavía estoy en shock, por favor, trata de entender. Esto no estaba en mis planes, no quería quedar embarazada, siempre me he cuidado y no entiendo cómo...

—Sí, siempre has estado pesada con eso. como si te dieran pánico los bebés. Como si tener un hijo te arruinara tu futuro de abogada. Pues ya está. Está allí. Ahora trata de asumirlo y deja de decir que estás asustada porque es mi hijo también y me siento mal cuando hablas así, como si fueras sólo tú. ¿Pensé que querías darme un hijo, por qué crees que me caso contigo?

Discutieron, fue inevitable y al final Isabella terminó llorando y con dolor de barriga. Se sentía horrible. Él no la entendía claro, pensaba que ella debía estar encantada de embarazarse así en esos momentos.

Isabella tuvo ganas de agarrar sus cosas y largarse, pero ¿qué ganaría con eso? Estaba embarazada y lista para casarse con él. Estaba atrapada, hundida, y odiaba sentirse así. No era eso lo que deseaba sentir.

Todo había cambiado de repente, todo y no le agradaba que fuera así.

—¿Se siente bien señorita Rossini? —le preguntó su jefe.

Ella lo miró y dijo que sí.

Pero algo en su mirada le hizo comprender que no era verdad.

Más que su jefe parecía haberse convertido en su terapeuta. Parecía estar pendiente de ella.

Y como en realidad se sentía mal se alejó para verse en el espejo del tocador y se vio pálida. Demacrada. Enferma.

Trató de solucionarlo con algo de maquillaje, pero se dijo que era inútil.

El embarazo y su próxima boda no le sentaban bien.

Su novio le había contado a toda su familia y como resultado sus padres también sabían y ahora todos creían que debían adelantar la boda.

Y todos la felicitaban y ella debía sonreír y agradecer. Pero por dentro se sentía mal.

Siguió trabajando hasta que su jefe la invitó a dar un paseo.

Como dos amigos. Nada más.

Su novio también le había pedido que renunciara.

Sus malestares aumentaban a pesar de que los resultados de los primeros estudios estaban todos bien, el bebé estaba bien y ella también.

Sin embargo, seguía sin hacerse a la idea.

Seguía sin aceptar la presencia de ese bebé y sentía que no sería una buena madre. Sentía rechazo, tristeza, depresión y más rechazo y terror. Le daba terror pensar en ese bebé y no dejaba de cuestionarse cómo sería su vida en el futuro.

Subió a su auto y su jefe le preguntó si quería ir a almorzar a un lugar más privado.

Isabella lo miró agradecida.

—Sí. No quiero que mi novio nos vea, disculpe, pero ya tengo demasiado con todo esto para tener que soportar sus escenas de celos.

Él la miró con atención.

—¿Su novio siente celos de mí?

Ella asintió.

Él sonrió tentado.

—No es usted, es él que a veces se comporta de forma infantil —explicó nerviosa.

—Señorita Rossini. No me debe explicaciones.

Él manejó muy concentrado, pero a gran velocidad.

Y de pronto la llevó a un lugar muy alejado de la ciudad.

Vio verde, parques, reservas naturales y suspiró.

Le hacía falta.

—Qué lugar tan bonito —murmuró.

Tardaron un buen rato en llegar, pero él no parecía preocupado por eso.

Fueron a un restaurant pequeño. En medio de un pueblito pintoresco rodeado de un bosque que le encantó.

Sonrió al ver la pradera a lo lejos. Ese sitio le recordó mucho a su infancia en Módena, en casa de sus abuelos. Se había criado en el campo en una inmensa propiedad familiar que se parecía mucho a ese lugar y se lo dijo.

Comieron en el restaurant donde sabía nadie los vería. Parecían dos conspiradores escondidos.

—Me alegro que le agrade señorita, ya tiene mejor color. Y ciertamente lo que me menos deseo es provocarle problemas con su prometido. Sólo quiero ayudarla —dijo él.

Ella se sonrojó al sentir su mirada.

—Gracias señor Carrington.

Luego de que ella escogiera la mesa que deseaba, una que daba a la calle y se veía el bosque él le preguntó cómo estaba todo.

—Está todo bien, pero sigo sintiéndome extraña con el embarazo, señor Carrington.

Él sonrió feliz, como si el hijo fuera suyo o ella pensó Isabella. Qué tontería. Debí imaginarlo.

—Me alegro mucha señorita. No se preocupe, las cosas se darán sola. Luego se sentirá mejor.

Isabella tragó saliva.

—Mi novio ya lo sabe y quiere que renuncie al trabajo y que nos casemos antes. Piensa adelantar todo.

—Entiendo.

No, no entendía nada, parecía serio, disgustado por esa noticia.

—Pero ¿usted qué piensa de todo esto?

—Yo quisiera correr, fugarme no sé a dónde. Ya no quiero casarme —su voz se quebró—ni quiero tener al bebé. No puedo explicarle la angustia que

siento, el rechazo... me siento atrapada y me horroriza pensar que pasaré todo el embarazo enterrada en una mansión de campo mientras mi esposo ayuda a un viejo lunático a encontrar no sé qué tesoro.

Él se puso serio, tenso.

—Entonces no vaya, si no quiere ir, no lo haga.

—Pero debo hacerlo, estoy atrapada. MI situación es desesperada. Si antes pensaba en pedirle tiempo ahora... ahora no me atrevo. Alessio ha cambiado. Ahora actúa distinto está pendiente de mí.

Miró el reloj, muy nerviosa.

—Tranquila, por favor. Coma algo. Está muy nerviosa. Calma.

Isabella sintió un nudo en la garganta. Tanta angustia, esos días, y la sensación de que nadie la entendía. Todos celebraban la noticia del embarazo y hacían planes, decidían todo por ella. sus futuros suegros la invitaron a cenar el día anterior y celebraron por el bebé que venía en camino haciendo planes, decidiendo el nombre y todo.

Por más que su jefe le dijera que era libre de elegir su futuro sabía que eso no era verdad.

Luego del almuerzo Isabella pensó que debían regresar, pero ninguno de los dos tenía prisa. Hablaron de otras cosas, pero de pronto fue inevitable hablar de su boda.

—Señorita, no tiene por qué casarse si ha cambiado de idea —le dijo su jefe.

—¿Y qué más puedo hacer? Estoy atrapada. Hundida. Yo misma me hundí.

—No se case señorita, por favor, si no está segura ahora. Pídale un tiempo a su novio. Todo esto es nuevo para usted, para los dos. Tendrán un hijo y es mejor estar tranquilos y evitar cualquier estrés.

Ella lloró cuando dijo eso.

Ahora lloraba más que antes, debía ser por su estado o por la angustia que sentía.

—Quisiera escapar, irme muy lejos pero ya es tarde para eso.

—No, no es tarde. Por favor, no siga adelante con todo esto si no se siente lista. El matrimonio es algo muy serio.

—Ya no lo quiero como antes, algo cambió... nuestra relación iba bien antes, cuando nadie hablaba de casarnos, pero ahora con el bebé me siento forzada a seguir adelante. Pensé en pedirle un tiempo, pero... tengo todo listo para casarme y me cuesta mucho...

Él la miró con fijeza.

—Señorita usted es libre, no le pertenece a su novio ni al bebé que lleva en la barriga. No se case si no está lista. Es muy joven. La mayoría de las mujeres de hoy día se casan después de los treinta. Hay que estar maduro y seguro. Y en especial hay que estar muy enamorado y no tener dudas. Y usted tiene dudas al parecer.

Ella secó sus lágrimas y bebió un sorbo de refresco.

—Es que no sé, este bebé debía unirnos y sin embargo parece ser al revés. No hemos dejado de pelear estos días, de estar mal.

Se hizo un extraño silencio y de repente ella le agradeció su ayuda.

—Usted hace que todo parezca más fácil, pero en verdad estoy asustada. Y siento que nada de esto es lo que quiero. No quiero una boda ni tampoco un bebé, pero tendré ambas cosas.

Él sonrió.

—Eso es normal. Pero un hijo es algo muy bonito en la vida de las personas. Y en especial en una mujer. Y si algún día quiere tomarse libre o descansar no dude en hacerlo.

—No puedo, me siento peor encerrada en el departamento de mi novio. Necesito salir. Si no salgo mi cabeza va a mil por hora yo. usted tenía razón no

me he sentido bien.

Volvió a llorar, y se sintió mal por eso. Es que no pudo evitarlo. Sentía que todo se derrumbaba a su alrededor.

Y como si todo se pusiera mal de golpe notó que afuera el día se había oscurecido y pronto llovería.

Debían regresar.

Su jefe recibió una llamada y su humor cambió. Tenía un asunto que resolver.

Subieron al auto sin hablar y su jefe manejó a gran velocidad hasta que desató un vendaval y tuvieron que parar.

Era peligroso seguir pues la carretera no tenía buena iluminación.

—Lo siento señorita, pero deberemos detenernos un momento. Tengo una casa cerca de aquí. Es pequeña, pero servirá para darnos cobijo mientras pasa esta tormenta.

Ella sonrió agradecida, esa lluvia la asustaba pues sabía que era peligroso manejar en una carretera transitada y mojada.

Su novio la llamó entonces y ella tembló y apagó el celular.

No quería mentirle ni decirle la verdad. Si se enteraba que estaba en mitad de la nada con una lluvia espantosa en compañía de su jefe se pondría furioso.

Fueron a la casita de madera cerca de ese bosque que sólo había visto a la distancia. Era un lugar precioso, pintoresco. Lo más antiguo de la ciudad. Una reserva especial que todavía se mantenía como era desde los comienzos.

Su jefe dejó su camioneta en el garaje y entraron.

Afuera tronaba, llovía de forma torrencial.

Entraron en la casa y él encendió las luces y luego abrió un poco las ventanas pues olía a encierro.

Isabella miró la casita y pensó que era la casa del bosque, la de la bruja

que invitaba a los niños con dulces para atraparlos y comérselos, pero luego pensó que era una tontería.

Estaba bastante alterada por la tormenta y tembló al ver que de repente se había hecho la noche.

—Está muy oscuro —dijo ella mirando por la ventana.

—Es por la tormenta, pronto pasará. No tema, señorita. Ha de ser una tormenta pasajera.

Isabella notó que su jefe estaba algo incómodo por la situación. Algo extraño en él que siempre estaba tan seguro de todo.

—Luego nos iremos. Avisaré a la oficina —dijo muy decidido y se alejó para hacer llamadas desde su teléfono móvil.

Pero mientras hablaba se desató una tormenta infernal de vientos, rayos y ella se alejó de la ventana al ver que había caído un árbol a escasos metros de allí. El viento rugía y asustaba.

—Esto parece un tornado —balbuceó aterrada.

—Tranquila no hay tornados aquí, sólo algunas tormentas en esta época del año. Esta casa es segura.

Su jefe no se acercó, pero vio que estaba nervioso, más de lo que quería reconocer y le pidió que por las dudas se alejara de las ventanas.

Ella obedeció mientras temblaba al comprender que esa tormenta los dejaría aislados. No entendía cómo de repente de un día radiante con unas pocas nubes... quizás se distrajo durante el viaje. Estaba muy distraída últimamente.

Su novio volvió a llamar y ella tembló. Tenía que apagar ese teléfono. No podía decirle que estaba allí con su jefe o le daría un ataque. Pero se preocuparía si no regresaba...

Nerviosa apagó el maldito aparato.

—¿Quieres sentarte, beber algo? Un té, café o... creo que hay algo de

provisiones aquí.

—Sólo agua fresca, tengo mucha sed.

Sintió la garganta seca de repente. Nerviosa por ese inesperado contratiempo.

Se bebió dos vasos enteros y luego le confesó que su novio la había llamado y no quiso atender.

—Lámalo y avísale, se preocupará —dijo él.

—Es que no quiero que venga a buscarme, sé que lo hará si le digo.

—No es conveniente que venga, esta tormenta no acabará pronto y puede tener un accidente. Por eso vine. La carretera es muy peligrosa cuando llueve. Lo siento mucho, señorita Isabella. Nos iremos en cuanto pare de llover.

Él se alejó para beber un café y prendió la televisión plana para oír las noticias.

Isabella tembló al oír el quejido del viento.

—Esto es una tormenta feroz señor Carrington. Moriremos aquí.

—Oh no diga eso por favor, tranquila.

Ella se alejó del comedor y de pronto chilló al oír un estruendo feroz, rayo, trueno, no estarían a salvo allí. Era una cabaña de madera, una casita de esas que son de veraneo.

—Señorita por favor, conserve la calma. Esta casa es más fuerte de lo que parece y estamos a salvo aquí.

—¿A salvo? Ese viento es muy fuerte. Volaremos.

Él se acercó y tomó su mano. Le costó hacerlo.

—No tema señorita Rossini, todo estará bien.

Se miraron y de repente Isabella lloró y él la abrazó. Ni siquiera lo pensó. La abrazó con fuerza y ella pensó que ese abrazo era lo más reconfortante que había sentido en días, en semanas. Tantas veces había pedido a su novio que sólo la abrazara sin pensar que un gesto de cariño debía ser el

comienzo de algo íntimo y salvaje.

—Usted me hace sentir tan bien señor Carrington. Me siento a salvo, en paz y no sé por qué —le confesó ella.

Él la miró de una forma que la hizo temblar. Nunca la había mirado así, era una mirada llena de amor y deseo, un fuego oculto, contenido que estaba allí a punto de estallar.

Rayos. ¿Hasta cuándo iba a negar que entre ambos pasaba algo por más que disimularan?

Pero él jamás se acercaría ni diría nada hasta estar seguro. Era un hombre orgulloso y muy controlado.

Y ella sintió ese fuego nacer en su interior, un fuego oculto que la llenaba de luz, que hacía latir su corazón.

—¿Quiere besarme, señor Carrington? —balbuceó aterrada de que él la rechazara. Moriría si eso pasaba. Moriría si él la apartaba como había hecho con esa empleada que se babeaba por él y no dejaba de perseguirlo.

Él no respondió, pero su mirada se hizo más intensa y de pronto asintió despacio sin dejar de mirarla.

Le dijo que sí y fue ella quien se acercó despacio y le dio un beso suave porque de no haber respondido, Isabella se habría alejado corriendo.

Sólo fue un beso suave y se apartó, pero él no la dejaría escapar. Y de pronto tomó su rostro entre sus manos y le dio un beso ardiente y desesperado para luego abrazarla muy fuerte. La deseaba y se moría por hacerla suya, podía sentirlo. Era un abrazo íntimo como si quisiera atraparla y nunca más dejarla ir.

Ella respondió a sus besos y sintió que se encendía, que algo sofocado luchaba por escapar, por mostrarse y tuvo miedo. debía detenerse, debía tener valor y negarse. No porque tuviera miedo de lo que él pensara de ella, sabía que no era esa clase de hombre.

Temía el después.

Temía enamorarse y que luego comprendiera que había sido una aventura. Sin embargo, no pudo evitarlo, no quiso detenerse.

Fueron a su habitación y cayeron en la cama y siguieron besándose, acariciándose, fundidos en un abrazo que la mareaba. Sintiendo en su cuerpo sensaciones tan fuertes que la arrastraban a seguir adelante.

Pero de pronto ella lo detuvo y lo miró.

—Señor Carrington, no puedo hacer esto. Por favor, déjeme. No es correcto, no podemos...

Él la miró sorprendido y en sus ojos apareció una expresión de deseo y desesperación.

—No se aleje por favor, no lo haga señorita Carrington. Yo estoy loco por usted —le confesó y sin esperar su respuesta atrapó sus labios y le dio un beso apasionado.

Se besaron, pero ella le detuvo. Tenía miedo, sabía lo que pasaría si se dejaba llevar, pero ay, quería hacerlo, quería perder la cabeza.

—Lo deseo, me muerdo por ser suya señor Carrington, pero luego sé que va a romperme el corazón y eso no podría soportarlo, yo no soy una mujer que pueda irse a la cama con un hombre. En realidad, sólo he tenido sexo con mi novio, con nadie más.

Él sonrió, pero no estaba dispuesto a dejarla escapar. Quería que fuera suya, lo sentía.

—Además mi novio jamás me lo perdonaría. Y estoy esperando un bebé... me da mucho miedo todo.

—Yo lo sé, sé que es difícil, pero estoy loco por usted Isabella y no dejo de desearla y de soñar con usted en secreto y de sentir que quisiera que ese bebé fuera mío.

Sus palabras la emocionaron.

—¿Usted quiere que este bebé sea suyo, señor Carrington? Pero...

—Porque quiero que sea mi mujer, Isabella. Sólo mía. Esta noche y siempre. Quisiera ser el hombre que la llevara al altar en unas semanas. Sé que es una locura por supuesto, pero es lo que siento. Déjeme amarla por favor, déjeme hacerle el amor y cuidar de usted, sé que me necesita y la ayudaré a tener ese bebé. Ese bebé también sería mío.

—Es una locura todo esto, señor Carrington, nunca pensé que se interesara en mí...

Él la envolvió con sus brazos y la besó y ella sintió que no podría detenerse. Pero confundida y admirada comprendió que él no quería una aventura, la quería a ella, por entero y a su bebé. Quería que ese niño fuera suyo. Porque estaba loco por ella.

—Es una locura, preciosa, lo sé, todo esto lo es, pero es una maravillosa locura. Estar con usted me da tanta paz y soy tan feliz sólo con verla, con tenerla a mí lado... lo sentí el primer día que entró en mi oficina.

—Oh señor Carrington... yo no sabía, no pensé... con tantas mujeres guapas que luchan por llamar su atención en su buffet.

—Yo sólo tenía ojos para usted, Isabella.

Dijo su nombre, dijo su nombre mientras la desnudaba lentamente y le hacía el amor con tanta suavidad y dulzura. Disfrutando cada momento, cada caricia.

—Quiero que seas mi mujer, por favor, sólo mía —le dijo al oído mientras le quitaba esa prenda íntima, lo único que quedaba sin quitar y le introducía su virilidad gruesa y fuerte, poderosa. Como él lo era.

Sintió que nunca antes había disfrutado tanto la cópula, como en esos momentos, que nunca antes había sentido en sus brazos un hombre como él. Jamás.

No pensó que debían cuidarse, confió él cuando le dijo que era sano y

siempre usaba condón, sólo deseó ser suya esa noche y para siempre. Como si esa fuera su noche de bodas, su primera noche como marido y mujer.

Hacer el amor sin parar hasta sentirse llena de él, tan llena y satisfecha, saciada como sentía no lo había estado nunca. Se entregó a él sin reservas y lo hicieron de nuevo sin pensar en la tormenta. Sin pensar en la lluvia ni tampoco en el después.

Y cuando todo terminó al fin despertó y tuvo miedo de las consecuencias de su locura.

Pero por primera vez en días no tuvo ganas de llorar, se sentía tan feliz y tan plena.

Él acarició su rostro y sus labios.

—Eres una mujer hermosa, Isabella. Tan dulce y cálida. Tan mujer —le dijo él y besó sus labios y le dio uno de esos besos maravillosos y ardientes mientras la abrazaba con tanta fuerza. Adoraba sus abrazos, sus abrazos le daban tanta energía, tanta paz.

Pero ella seguía preocupada por el después. No quería esconderse, no quería mentir. Tendría contarle la verdad a su novio y enfrentar la separación. Pero esa noche no quería pensar en nada.

Sólo quería disfrutar esa aventura, esa loca aventura con su jefe preguntándose si él cumpliría su promesa de hacerla suya, de convertirla en su mujer un día. Sentía que eso era un sueño, todo lo era en realidad.

Y como si él leyera sus pensamientos le dijo muy serio.

—Cásate conmigo, Isabella. Sé mi esposa, por favor.

Ella lo miró sorprendida.

—Entonces era cierto que...

—Preciosa, si algo debes saber de mí es que siempre hablo en serio.

Ella no supo qué decir. Una emoción intensa la embargaba.

—No es necesario que lo haga señor Carrington, sólo porque estoy

esperando un bebé y siente pena por mí.

Él se acercó y la abrazó, le dio un beso ardiente.

—No, no es por el bebé, preciosa. Es por ti. Porque te quiero a ti y a ese bebé. Debió ser mío, soñaba que fuera mío. Soñaba con hacerte el amor. Tantas veces.

—Debo hablar con mi novio y decirle la verdad. No será fácil.

—No lo hagas sola. Enloquecerá de celos. Ya vi cómo se puso un día porque me vio en un restaurant. Aguarda. Yo lo arreglaré todo. Es mi culpa, todo esto lo es. Yo te hice mía y no quiero que luego tu novio quiera desquitarse en ti.

Isabella comprendió que su jefe pensaba que su novio era una especie de loco maniático.

—Señor Carrington, por favor. No piense eso. Conozco a mi novio, sólo se sentirá desilusionado. Pero este niño es suyo.

—Es mío ahora. Te casarás conmigo y yo le daré mi nombre y lo amaré y criaré y será siempre mi hijo.

—Pero es de él. Señor Carrington es una locura lo que dice, no puede ser.

—Es el amor precioso, es la locura más maravillosa del mundo.

Ella no supo que decir y él la arrastró a la cama de nuevo para besarla y hacerle el amor otra vez. y más que nunca sintió que su abrazo ardiente confirmaba sus palabras. La amaba y estaba loco por ella, la amó desde el primer momento que entró en su despacho como le dijo.

—Pedí que enviaran una mujer capacitada pero fea yo al parecer no me escucharon y te enviaron a ti. A la mujer más dulce y hermosa de Boston y del mundo entero —le dijo al oído.

Ella sonrió sorprendida de las revelaciones, pero emocionada, emocionada por ese momento y por el fuego que había en sus ojos.

No se resistió, sabía que era una locura, pero esa noche quería ser solo suya, sin pensar en nada, sin pensar en las consecuencias. Se sentía tan bien en sus brazos.

Isabella despertó aturdida con la sensación de que todo había sido un sueño hermoso, pero ahora debía despertar y regresar junto a su novio y confesarle lo que había hecho o no... Sí, debía decirle, siempre había sido honesta con él.

Además, su jefe no hablaba en serio. Seguramente le dijo todo eso porque no quería que se sintiera mal por haberse dejado llevar por el deseo. Quizás él también se dejó llevar y se inventó un mundo con ella.

O a lo mejor lo había inventado todo.

Pues en esa habitación no había ni rastro de su jefe. Pero estuvo con ella, sentía su perfume en su piel, su calor y su sexo todavía húmedo luego hacerlo con él cuatro veces.

Y medio desnuda tomó su ropa y fue a darse un baño.

Sabía que un buen baño la ayudaría a esclarecer las ideas.

Sonrió al pensar que hacía años que no lo hacía tantas veces con su novio y hacía tiempo que no se sentía tan bien luego de hacer el amor. No pudo evitar las comparaciones. Nunca había estado con otro hombre y no sabía cómo sería hacer el amor con otro hombre pues siempre había estado con su novio.

Y la experiencia fue magnífica. No por los orgasmos que la dejaron exhausta y satisfecha, fue algo distinto. Sintió que realmente hacía el amor y lo disfrutaba, disfrutó tanto sus besos y caricias y lo que él le hizo sentir. Disfrutó cada momento como algo nuevo y especial.

Fue maravilloso y no se arrepentía, y mientras se bañaba sentía pena de tener que quitarse su perfume de la piel. Sin embargo, sentía sus besos y caricias, sus palabras ardientes al oído y pensó que no pudo haberlo imaginado jamás. Que todo había pasado y él le había dicho la verdad.

La quería. Quería que fuera su mujer y también quería a ese bebé. Quería que fuera suyo.

Cuando salió de la ducha sabía que eso no podía ser.

No podía ser tan malvada de escaparse con su enamorado y no hablar con su novio antes.

Cuando entró en el comedor encontró a su jefe preparando un desayuno de huevos, pepinillo y una ensalada de frutas que armó en un momento.

—Buenos días, preciosa —dijo mirándola con intensidad.

—Hola señor Carrington —saludó ella y se sonrojó al sentir su mirada.

Él dejó lo que estaba haciendo y se acercó para abrazarla, para besarla.

—Ven, desayuna primero. Debes alimentarte bien, Isabella. Y por favor, deja de llamarme señor Carrington. Dime Aaron.

Ella se sentó en la mesa, pero no tenía mucha hambre, a pesar de que se sentía tan bien a su lado sabía que le esperaba un trago muy amargo.

—Aaron —le gustaba mucho su nombre —lo de anoche... fue hermoso —dijo ella.

Él la miró con fijeza y tomó su mano con suavidad.

—También lo fue para mí, cielo.

—Pero no tienes que casarte conmigo por eso. Sólo por el bebé o porque hicimos el amor.

—Sabes que no es por eso. Jamás te habría hablado si no... Te quiero a ti, Isabella, en mi vida ahora y siempre —dijo y luego se acercó y la besó, le dio un beso tan dulce que no pudo resistirse. Lo apretó contra ella y deseó con desesperación que la hiciera suya otra vez.

—Aguarda, no... no podemos —dijo débilmente.

Sus besos resbalaron por su vestido mientras sus manos la alzaban para llevarla al comfortable sillón.

—Sólo un poco, déjame tenerte ahora preciosa. Me muero por sentir que eres mía y que lo que pasó no fue un sueño —le dijo al oído. Su voz grave le despertó cosquilleos y de repente sintió que se humedecía y su vientre clamaba por sentir esa inmensidad dentro de ella, rozándola, estirándola hasta lo imposible provocándole una deliciosa incomodidad al comienzo un mareo raro que nunca había experimentado, hasta que sentía que la llenaba por completo. Era hermoso, era como si se fundieran en solo ser.

Ella gimió al sentir sus besos y no se resistió cuando le quitó las bragas y comenzó a besarla allí, a lamerla con suavidad primero y luego con más ímpetu, como un lobo hambriento suspirando al sentir su sabor. Si ella quería se detendría, lo haría, pero no quiso hacerlo, se había entregado a él y sabía que en la cama lo harían todo.

Esas caricias ardientes la volvieron loca y de pronto se vio nuevamente desnuda y abrazada a él, tan apretada. No quiso detenerse, no pudo hacerlo ahora podía sentir ese maravilloso y grueso miembro en ella acoplado y hundido por completo en lo más profundo de su vientre y lo quería allí siempre.

—Aaron Dios mío... me vuelves loca —gritó y su voz era como el aullido de una gata en cielo, hambrienta, como si no hubiera hecho el amor en años y sin embargo apenas anoche había sido suya cuatro veces.

Cuando todo terminó no quiso darse otro baño, quería sentir su semen dentro de ella, su olor en su piel para recordarle cuando se separasen que habían hecho el amor como nunca en su vida.

Sin embargo, le dolía pensar que debían separarse ese día y regresar a su vida de siempre. La asustaba pensar en su novio y lloró cuando estaban

llegando a su departamento.

—Isabella, no tienes que hacerlo sola, por favor. No lo hagas. No lo permitiré —insistió él.

Ella lo miró emocionada, incapaz de decir palabra y él la llevó a su departamento para que descansara y pudiera cambiarse.

No dejó que fuera a buscar su ropa, dijo que enviaría a su empleado a buscar algo en una tienda de damas para que pudiera ponerse ropa limpia.

—Es que no puedo seguir escapando. Pensará que me pasó algo. Anoche me llamó varias veces, pero no atendí.

—Deja que yo hable, Isabella. Todo fue mi culpa. Hacía tiempo que quería robarte de su lado. Hacía tiempo que soñaba con hacerte mía.

Lo dijo cuando estaban en el departamento y ella lo miró sorprendida.

—Nunca lo supe —le confesó sonrojada. No, jamás se había dado cuenta.

—Está bien, sólo que no quiero que lo hagas, Carrington. Debo ser yo... le debo eso a mi novio. Íbamos a casarnos y ... hace tiempo que siento que no es lo mismo. Que no es como al comienzo. Y lo que pasó anoche me hizo entender que no puedo casarme con él ahora.

—Déjame hacerlo, déjame estar allí, por favor —le pidió él y la abrazó y la besó y ella pensó que no quería separarse. Quería disfrutar ese momento mágico hasta lo último.

Pero le debía una explicación a Alessio. Y le envió un mensaje. le escribió que estaba bien y que había pasado la noche fuera por la tormenta. Que lo sentía. “Perdóname” escribió.

Esa palabra significaba mucho para ella, aunque pensó que él no la entendería.

Sin embargo, él no contestó ni la llamó. Quizás estuviera enojado.

Pensó que debía ir, pero luego de bañarse y cambiarse de ropa vio la

cama inmensa y se durmió.

—Isabella, no vayas. Temo por ti. Quédate. Yo iré contigo. Lo prometo.

Sintió su voz en sueños. Se sintió tan cobarde al hacer eso. escudarse en su jefe, aceptar su ayuda. Pero estaba cansada y tenía mucho sueño. El viaje y una noche de sexo salvaje la habían dejado liquidada. Literalmente. No podía moverse y sentía que todo su cuerpo le pesaba.

Le pareció muy extraño que su novio no la llamara, pero pensó que estaría enojado.

Despertó al mediodía y su jefe estaba a su lado.

—Isabella. Debo ir a una audiencia. Por favor. Espera a que regrese para hablar con tu novio.

Ella lo miró aturdida, cansada. No entendía mucho de qué hablaba hasta que recordó y fue por su celular.

Ningún mensaje de su novio ni llamada. Aunque sí tenía un montón de pendientes en el WhatsApp.

—Está bien.

—No te vayas. No veas a tu novio ahora, aguarda a que regrese. Deja que yo hable.

Isabella lo miró.

—Me siento como una cobarde. Le he enviado un mensaje y no me ha respondido. Debe estar enojado.

—Y lo estará más cuando se entere. Y no creo que se lo tome con calma. Isabella, sé que todo esto te parecerá precipitado y muy loco y no... No quiero forzar las cosas. Luego tú decides qué hacer. Tomate tiempo para ello. Pero deja que yo le diga... a menos que no quieras decir nada por ahora. Tal vez

sea lo mejor.

Isabella lo pensó.

—No volveré con él. Ya no quiero seguir en realidad. Lo que pasó anoche me hizo entender que no lo amo. Ya no es como antes y... quiero estar contigo. Quiero ser tuya, pero sin prisas, sin bodas. Ir despacio y ver qué pasa.

—Está bien, lo entiendo. Pero aguarda aquí hasta que regrese. Hay comida en la nevera, puedes escoger lo que quieras. No tardaré más de una hora.

Isabella dijo que esperaría. Miró su celular y vio cuatro llamadas perdidas de su novio. Pero no eran recientes eran de anoche. Qué extraño.

Pensó en llamarlo, pero no lo hizo. Se sintió abatida de repente. Atrapada y culpable. Desconcertada.

Pero feliz. Feliz de haber hecho el amor con su jefe, de pensar que él quería casarse con ella, tener a su hijo, darle su nombre. No había esperado que le dijera eso.

Pudo ser una aventura.

Pero era mucho más que eso.

Su teléfono sonó entonces. Tembló pensando que era su ex y se preguntó qué debía hacer pues prometió esperar al regreso de su jefe.

Sin embargo, no era su novio como pensaba sino Molly Simms su ex amiga. No podía creer que se atreviera a llamarla. Ciertamente que estuvo indecisa de si atenderla o no después de lo que su novio le había contado de ella.

—Hola Molly.

—Isabella. Hola. ¿Cómo estás? Escucha, tengo que hablar contigo.

—No, no tengo nada que hablar. Supongo que Lorie ya te contó todo.

—Por eso tenemos que hablar. Escucha. No es lo que piensas. Yo no mandé esas fotos a tu novio para acosarlo. No lo hice. Te lo juro por mi

madre. Tienes que creerme.

—¿Ah no? ¿Y quién le mandó esas fotos? ¿Alguno de tus amores?

—No es lo que piensas por favor, esto es urgente. Tengo algo importante que decirte, pero no puede ser por teléfono. Por favor. Es urgente. Quise decírtelo estos días, pero no me atendías nunca las llamadas ni contestabas los mensajes.

—¿Y qué esperabas? Te metiste con mi novio y eso no es de buena amiga.

—Escucha, no fue así. Pero eso no es lo importante. Tú tienes que saber algo de Alessio. Si luego decides no volver a hablarme...

—¿Qué tengo que saber de mi novio? No quiero verte ¿entiendes? Quiero que esto termine.

—Está bien, como quieras. Pero creo que no es justo que pienses que soy la puta de esta historia, la puta traidora. Tengo pruebas que quiero mostrarte para que dejes de creer que tu novio es un santito.

Tanto le insistió que aceptó reunirse con ella en un café. Le dejó una nota a su jefe avisándole que se reuniría con una amiga por si volvía y no la encontraba.

El café estaba a una cuadra del departamento de su jefe.

Allí esperaba su vieja amiga Molly Simms. Rayos. Se veía mal. Como una bruja muerta a escobazos. El cabello rubio erizado, como si hubiera metido los dedos en el enchufe, el maquillaje corrido y la cara crispada. Temblaba. Y no estaba fingiendo. La conocía bien. A menos que fuera una excelente actriz.

Al verla aparecer el alivio de Molly fue evidente. Estaba muy nerviosa. No parecía la misma, ella que siempre dispuesta a bromear y a cogerse todo lo que cayera en sus manos y fuera apetecible.

—Isabella, gracias por venir —dijo y la miró angustiada.

Ella se fastidió porque vio que no fingía y hasta tenía marcas en su rostro

que había cubierto con maquillaje.

—Diablos, qué te ha pasado a ti mujer. ¿Tu amante se pasó de rosca y te pegó?

Ella lo negó.

—No, no fue él. Fue mi prometido. Se enteró de todo y ahora me odia, pero me lo merezco por puta.

Isabella se sentó y pidió un café bien cargado y un refresco. Lo necesitaba. Sabía que le esperaba un trago amargo. Su amiga quería pedirle perdón por haberse revolcado con su novio.

—Bueno, sólo te pido que me digas la verdad porque al parecer ya no tienes nada que perder, ¿no?

Ella bebió de su Martini y la miró.

—Te escucho Molly, vamos, pero si me mientes...

—No miento. Yo no iba a decirte nada, no soy una podrida, sé que amas a Alessio, estás loca por él y sé que él te quiere, pero lo que dijo no es verdad. Yo no lo acosé. Él no es fiel contigo, nunca te fue fiel.

—¿Ah no? ¿Y esperas que crea en la palabra de una zorra mentirosa como tú que me daba buenos consejos para que le hiciera buen sexo oral a mi novio porque otras estarían encantadas de mamársela?

—No, no espero que me creas. Soy una zorra, pero tú debes saber porque vas a casarte con él y estás ciega. Yo soy puta pero no me agrada que quieran ensuciarme. Vamos, nunca quise robarte a tu novio guapo, me gustaba sí y por eso fui una imbécil.

Isabella sintió un palpito.

—¿Entonces lo hiciste con él, eso quieres decir y no has sido la única?

—Lo hice con él, pero fue sin querer. Es decir... esto pasó hace meses. Fui a una fiesta sexual. Quería probar otras cosas y me enredé con un tipo que armaba cosas con menores. Fue horrible. Pero yo no sabía nada te juro. Fui

porque él me llevó. Yo estoy enredada con él hace tiempo por eso mi novio se enteró y él dijo que me gustaría hacerlo con otro hombre y otras chicas.

—¿Lo hiciste con chicas? —eso sí le sorprendía.

—Ya lo hice antes, ¿qué te escandalizas?

—No, no sabía que te gustaran las mujeres jamás lo habría imaginado. Pensé que tu debilidad eran los hombres bien dotados. Vamos, vives acostándote con todos los tipos. ¿Ahora has cambiado los gustos? No te creo nada. Estás mintiendo.

—No miento, te dije que fue una experiencia y que fui porque Ralph me llevó a su departamento donde había un grupo mixto de amigos suyos. En un momento tomamos tabletas de éxtasis, la música el frenesí... terminé en una habitación con una mujer muy guapa y voluptuosa. Yo no estaba muy a tono, pero luego... lo hice con ella y me gustó y Ralph estuvo allí mirándonos. Eso lo excita mucho, ver a dos mujeres y luego él lo hizo con nosotras.

—Bueno, ya para, no me des detalles. Me da mucho asco. De veras. sólo quiero saber qué pinta mi novio en toda esa historia.

—Alessio estaba en esa fiesta. Ralph me lo dijo. Dijo que iba a mostrarme algo que me iba a divertir. Porque él sabe que Alessio es tu novio y también sabía que me gustaba. Yo fui sin saber qué sorpresa era esa. Y lo vi teniendo sexo con una chica que no debía tener más de dieciséis años, quizás menos. Era muy joven y Ralph dijo que él se la había conseguido y era virgen. Alessio era su mejor cliente. Pagaba buen dinero por las jovencitas y... tengo fotos de eso. cuando tu novio me vio se quedó helado, tieso. Se asustó mucho. Y dejó a la chica en paz y se me acercó mientras se ponía los jeans. Estaba furioso y me dijo que no dijera una palabra o me mataría. Me amenazó—hizo una pausa y se secó las lágrimas que corrían por sus mejillas como un torrente.

Molly estaba bebiendo mucho, eso le dijo Lorie la última vez y ahora a lo mejor tenía algo de droga también porque nunca la había visto así, tan

descontrolada. Al sentir su mirada dejó de llorar y la miró.

—Sé lo que piensas, que todo fue mi culpa por ser tan puta, puede ser... es verdad. Pero tu novio te dijo que yo lo acosaba y quiero mostrarte que no es verdad. Él te fue infiel, se acuesta con chicas jóvenes y rubias y si no me crees pues tengo fotos que puedo enseñarte.

—Escucha, no, no estoy entendiendo nada Molly. No quiero seguir esta conversación, me da mucha rabia y no es un buen momento. Si tienes pruebas debiste traerlas.

Ella la miró asustada.

—¿No me crees verdad?

—Bueno, tú has tirado un bardo aquí en la mesa de mi novio y sus historias con un proxeneta que es tu nuevo amigo, y menores en el medio. Me parece que es una acusación muy seria Molly. ¿De veras esperas que te crea? Si realmente sabes tanto ve a la policía y denúncialo porque hoy día todos denuncian en los medios sin hacerlo en la justicia.

—No puedo denunciarlo a la policía. Me da mucho miedo. Ralph es un bastardo y me mataría, pero tú tenías que saberlo. Busca en su celular, en su Tablet, allí verás fotos de menores. Estoy segura de que guarda toda su basura en el celular. Todos los hombres lo hacen. Si quieres saber si te es fiel sólo revisa su celular.

—Pues no tengo nada que revisar. Y no sé por qué me convenciste de esto. Es claro que estás deprimida porque el tonto de tu novio te plantó. Pues jódete por ninfómana. Tú no puedes decir que no y ahora quieres que piense que mi novio es un perverso. Es algo muy serio y te aseguro que hablaré con Alessio y le diré todo.

Tomó su celular y lo llamó. Estaba decidida a llegar a la verdad. Molly se quedó mirándola estupefacta. Asustada. Isabella pensó que todo era una historia siniestra y absurda. Eso era todo eso.

Pero su novio no la atendió. Su celular estaba apagado ahora.

—Isabella, tienes que creerme. Alessio no es como tú piensas, él es muy malo y es tan guapo. Por eso lo hace. Los hombres ricos y guapos como él se saben cotizar entre las mujeres. Y a él le gustan jovencitas.

—Cállate. Ya oí suficiente. Eres una perra Molly. No te creo nada. ¿Cómo puedes ser capaz de mentir? Él no es así. Yo lo conozco bien.

Isabella abandonó el café muy molesta, furiosa. Herida. No podía creer que su amiga hiciera eso. Vaya. Al parecer planeaba arruinar su boda. Y no le importaba nada su embarazo ni nada.

Pero ella sí le había mandado fotos suyas a su novio, ella lo vio en su celular y ahora se le acercaba para contarle una historia perversa que no tenía ningún sentido. Su novio no era así. Sólo una vez se enredó con una chica cuando comenzaron a salir, pero cuando ella dio por terminada la relación se arrepintió y cambió, y le fue fiel. Rayos, se lo pasaban en la cama. De la cama a su trabajo. Sus reuniones de amigos eran esporádicas y no era de salir de noche solo en busca de mujeres.

Nerviosa decidió ir por su auto y por sus cosas al departamento.

Tenía que empacar sus pertenencias y hablar con Alessio. Pedirle explicaciones y decirle luego la verdad.

Pensó que esa conversación sería muy difícil, pero estaba fuera de sí. Temía que algo de lo que le había dicho Molly fuera verdad.

Su novio tenía un amigo que siempre se enredaba con menores, Adrew Brooks. Un nerd estúpido, adicto a la cerveza, a los videojuegos de adolescente y a las chicas muy jóvenes.

Pero eso no significaba que fuera contagioso.

Llegó al departamento de su novio media hora después y lo encontró vacío y revuelto como si se hubiera metido un ladrón.

Se detuvo espantada.

—Alessio. Alessio. ¿Estás ahí? —gritó.

No tuvo respuesta.

Ese departamento no había sido aseado ese día, al parecer la señora Estela se había tomado el día libre. A menos que su novio saliera de prisa y dejara todo tirado...

Inquieta recorrió las habitaciones, el vestidor y encontró que faltaba ropa de su novio y dos maleas.

Su Tablet, su portátil... allí encontraría las pruebas que buscaba.

Alessio tenía una portátil que no usaba y un Xbox para sus videos juegos cuando se juntaba con sus amigos. Pasaban horas jugando en esa pantalla gigantesca. Eran como niños. Y era un bodrio estar allí cuando se juntaban a jugar por eso luego trataba de hacerse humo cuando eso pasaba.

Pero no estaba la Tablet ni su portátil.

Tuvo la sensación de que algo había pasado anoche en ese departamento.

¿Dónde estaba Alessio y por qué no atendía el celular?

Llamó a su trabajo. Tal vez tuvo que viajar o hacer algo inesperado.

—Señorita Isabella, el joven Ferrari no vino hoy a trabajar. Creo que se tomó el día libre por su boda —dijo su asistente.

¿El día libre? Qué extraño. Era mitad de semana.

Decidió ganar tiempo y juntó sus cosas con prisa. No quería quedarse en ese departamento, no quería verlo, pero estaba preocupada. Todo era tan extraño. ¿Y si se enteró que había salido con su jefe y fue a buscarla desesperado? Y luego tuvo un accidente...

Comenzó a sentirse mal, enferma de los nervios.

Por un lado, quería encontrarlo, pero temía ese encuentro. Tener que decirle la verdad. No estaba lista para enfrentarlo. Y de cierta forma su ausencia era un alivio de cierta forma.

Mientras empacaba todo la llamó su jefe. Tembló al oír el timbre del

móvil, realmente estaba nerviosa en esos momentos.

—Aaron —balbuceó nerviosa.

—Isabella. ¿Dónde estás? No entendí demasiado la nota que me dejaste en el departamento.

—Estoy en el departamento de Alessio, vine por mis cosas.

Eso lo asustó.

—Por qué? Te pedí que no lo hicieras. Iba a acompañarte. ¿Acaso has hablado con él?

—No pude. Es que pasó algo... me llamó una amiga, bueno debo decir una ex amiga.

Su jefe escuchó la historia sorprendido.

—Y no te contesta el teléfono? Qué extraño.

—No. Desde hoy que no puedo hablar con él. No está en su trabajo, no está aquí.

—Tranquila. Isabella. Iré a buscarte, no te muevas de allí, enciérrate en el baño, en algún lugar.

Isabella dijo que esperaría y mientras lo hacía vio la foto mural de ellos cuando recién se habían ennoviado. Se la tomaron el día que hicieron el amor por primera vez en una de las casonas del Long Island. Un día de sol de abril supo que quería hacerlo con ese guapo italiano de hermosos ojos azules. Tan alegre, tan amable y gentil... le gustaba estar con él. Qué día tan hermoso y especial.

Sintió ganas de llorar, no pudo evitarlo.

¿Y si su novio era un perverso que buscaba chicas menores como le dijo Molly? ¿Por qué esa zorra inventaría una historia tan nefasta como esa? ¿Con qué fin? ¿Por qué le dijo esas cosas justo ahora que su novio no estaba por ningún lado y no podía defenderse?

Secó sus lágrimas y apartó de su vista ese retrato mural de la pared. Le

dio tanta tristeza recordar esos tiempos. ¿Cómo le diría a su novio lo que había pasado esa noche? ¿Acaso debía decirle? A lo mejor sólo era la aventura de una noche de sexo, el sabor de lo prohibido. Salir de la rutina, escapar de la angustia y la rutina de pensar que no estaba preparada para casarse.

Pensó que estaba estresada. Y que lo de su jefe era una aventura.

No podía tomar en serio una aventura. Ni seguir adelante con esa relación. Separarse y tomar distancia de los dos y luego decidir qué hacer pues llevaba un bebé de Alessio en su vientre.

A lo mejor se estaba precipitando al llevarse las cosas pues realmente no sabía qué iba a hacer. Mientras lo pensaba vio un sobre la repisa del comedor. Era un sobre blanco bastante grande dirigido a su novio. Por alguna extraña razón se acercó y lo tomó. La curiosidad pudo más y al abrir el sobre vio unas fotografías de una chica rubia muy joven desnuda en poses sexuales.

Sintió terror al comprender que eran de su novio, que alguien se las había enviado y él fue tan bruto y estúpido que las dejó allí arriba para que ella y todo el mundo vieran su enfermiza debilidad por las chicas jóvenes.

¿Entonces la historia de Molly era verdad? Allí estaba la prueba. Ella había dudado de su amiga Molly, no le creyó una palabra. Ahora no sabía qué pensar. ¿Qué hacían esas fotos y por qué todo estaba así revuelto?

Luego se preguntó por qué su novio dejaría ese sobre, debió quemarlo, esconderlo.

Guardó ese sobre y pensó que todo era mentira.

Alguien quería hacerle creer que su novio era un rufián. No era cierto. Sintió tanta rabia. Y desesperada llamó a su novio. Tenía que saber la verdad.

No respondía, parecía tener apagado su celular.

Su jefe llegó entonces, tenía cara larga. Lo notó nervioso, preocupado.

—Isabella, ¿estás bien? —le preguntó.

Ella tembló al verle, y se estremeció cuando la envolvió entre sus brazos y la besó.

—No está aquí... Me parece que mi novio se ha marchado y encontré estas fotos. No sé qué pensar.

Aaron tomó el sobre y su expresión cambió al ver las fotos.

—Algo pasó aquí, Isabella. Tu novio parece haber huido. Este departamento es un desastre y estas fotos... es todo muy raro, turbio, no me gusta —dijo.

La magia de esa noche se había convertido en tristeza. Luego del encuentro con Molly de ver esas fotografías se sintió enferma de miedo y dudas.

—Aaron, tengo que saber dónde está mi novio y por qué mi amiga me dijo cosas horribles de él. Pero no le creo sabes, aquí hay algo muy raro. Algo muy retorcido y mi novio no...

—Sí, creo que tienes razón. Esto es muy extraño. Pero ten calma, ¿sí? Te ayudaré Isabella. Pero quiero ponerte a salvo. Seré tu abogado si quieres, pero como tu abogado quiero que te alejes porque todo esto no me gusta me huele a mafia y no creo que tu novio sea del todo inocente. ¿Lo conoces tanto para pensar que fue incapaz de vincularse con una menor?

—Lo conozco, él no haría eso. Estoy segura.

—¿Y estas fotos?

—¿Y por qué sería tan estúpido de dejarlas aquí para que todo el mundo las viera?

—Bueno, tal vez tuvo que huir. Si lo piensas no atendió tus llamadas hoy y eso me extraña pues creía que estaría en la policía denunciando tu desaparición. ¿No lo llamaste al trabajo?

—Lo hice, pero me dijeron que no fue, dijo que se tomaría el día libre.

—Bueno, entonces salió y regresará más tarde. Pero escucha, me

preocupa pensar en su reacción cuando le digas lo que pasó entre nosotros. No lo hagas por favor. Todavía no. Espera a que yo esté presente.

—Carrington, eso no me preocupa ahora, tengo un mal presentimiento. Son demasiadas cosas. Primero no contesta el celular y él lo lleva pegado al cuerpo y siempre contesta. Estas fotos...

Aaron las guardó en el sobre y luego dijo que las llevaría.

—Es mejor que no queden aquí, no sé quién las tomó, pero no me gusta. Me huele feo todo esto. Primero debes saber si él es inocente, Isabella. Porque si es culpable cometió un delito que se castiga con prisión.

—Él no lo hizo, Aaron. Estoy segura. Todo esto parece una redada, una maldad. Molly está loca. Ella le envió fotos atrevidas a mi novio lo acosaba y él me lo contó hace poco.

Su jefe estaba nervioso y quiso que se fueran cuanto antes del departamento.

Ella obedeció porque estaba nerviosa y no sabía qué pensar. Esperaba que todo se aclarara pronto.

—Está bien, saldré de aquí.

Sintió cierta reserva de mudarse a su departamento, pero su jefe estaba asustado. Temía que algo le pasara, debía pensar que su novio era un chiflado y un perverso. Pensaba lo peor, pero Isabella se negaba a creer que él fuera capaz de algo así. A menos que no lo conociera en absoluto y durante todos esos años la hubiera engañado.

Llevó su maleta, la ropa de siempre y luego fue por otras cosas de su departamento que necesitaría para mudarse.

Alessio no la llamó ni contestó las veinte llamadas que le hizo. casi desistió de llamarlo. Había huido, estaba lejos o no quería hablar con ella.

Sólo cuando estuvo más calmada, al anochecer llamó a los padres de Alessio.

—Isabella. ¿Cómo estás?

—Señora Beatrice, ¿cómo está usted?

—Bien. Preparando todo para el viaje de bodas. ¿Y tú cómo estás? ¿Has sabido algo de mi hijo? El muy tonto no atiende el celular y hoy no vino a trabajar a la empresa. Dijo que se irían juntos a un lugar de vacaciones. ¿Pero tú estás con él?

—No... le dijo que nos iríamos juntos de vacaciones?

—Pues sí, eso dijo y no he podido hablar con él. Escucha hay un problema con la fiesta de bodas...

Su boda con Alessio.

Casi la había olvidado.

—Señora Beatrice, Alessio no está conmigo y no lo veo desde ayer en la mañana. No regresó al departamento y estoy preocupada. Pensé que usted sabría algo.

—Qué extraño... —dijo su ex suegra—Paolo, ¿sabes algo de Alessio?

Su esposo tampoco sabía.

—Bueno, no importa esperaré su llamado.

Isabella no dijo nada. No quiso asustar a sus padres que eran personas muy amables, pero eran mayores, sólo llamó para saber si sabían algo. Al parecer Alessio dijo que se irían de vacaciones... ¿Por qué había dicho eso?

Isabella recordó que sí habían hablado de tomarse unos días para relajarse, pero no irían muy lejos. Sólo a Long Island unos días. ¿Estaría en la cabaña de Long Island?

Isabella encendió su portátil y comenzó la lista de invitados a su boda. Allí estaban los números de casi todos sus invitados.

Eso le fue muy útil en esos momentos. Sin embargo, a pesar de tener los números de teléfono de los amigos de Alessio, no la atendieron. Finalmente la atendió su amigo Fred Hamilton.

—Hola Isabella —dijo sorprendido por la llamada.

—Fred, disculpa la hora, pero estoy preocupada por Alessio.

—Alessio. ¿Qué le pasó?

—No volvió al departamento y... no atiende las llamadas. Sabes si tuvo que ir de prisa o...te dijo algo sobre si pensaba viajar.

—No. Hace como dos semanas que no hablamos. Bueno es que lo veo a veces. Con esto de la boda y el viaje ha estado muy disperso. Supuse que estaba todo bien.

Isabella sabía que él no era muy pegado a Fred, pero su mejor amigo Andrew Brooks tampoco atendía el celular.

Eso parecía un complot.

—Bueno, gracias Fred, si sabes algo avísame ¿sí?

—¿Pero pasó algo entre ustedes, acaso pelearon? —insistió Fred.

—No. no peleamos. No regresó al departamento y no atiende el celular.

—Isabella si mañana no aparece ve a la policía. Es importante que hagas la denuncia pronto. Por las dudas. Me parece muy extraño porque Alessio sabe cuidarse y... es muy raro lo que me dices. Que no volviera al departamento y que nadie sepa dónde está. Es muy raro, de veras. Él no es de esconderse.

—No, por supuesto. A lo mejor tuvo que viajar por alguna venta y ha sufrido algún percance con el auto.

Su cabeza volaba a esa altura.

Su jefe la miró a la distancia y le avisó que estaba lista la cena.

Casi lo había olvidado. Llevaba horas sin comer y estaba hambrienta.

Vio que Aaron había pedido una carne asada con patatas, su favorita. Necesitaba algo así, carne asada, legumbres, patatas. olía delicioso.

—No te preocupes. Ya aparecerá —le dijo él.

Isabella no estaba tan convencida de eso.

—Quizás fue a buscarme al ver que no regresaba, se asustó... fue mi culpa. Debí decirle que no regresaría a dormir. Me llamó más de cuatro veces.

—No es tu culpa. Pero no creo que esté buscándote ahora.

—¿Y qué piensas que ocurrió entonces?

Su jefe parecía desconcertado.

—Es que no lo sé. Todo es tan insólito. Llegas aquí y te llama tu amiga para decirte cosas de tu novio, luego quieres confrontarlo, hablar con él y desaparece. Isabella... escucha. Creo que no debes hablar con tu novio sobre lo que pasó anoche.

Fue sincero. Se lo dijo.

—Supongo que tienes razón. Debería esperar un poco y ver qué le ha pasado. Sin embargo, siento que no quiero seguir con él, por eso me llevé mis cosas.

—Es tu decisión. Sabes que puedes contar conmigo. Pero sé que este no es un buen momento para que tomes decisiones precipitadas. Dejar a tu novio, decirle lo que pasó entre nosotros.

Isabella tembló.

—Quiero hacerlo. No puedo ocultarle lo que pasó entre nosotros. Debo tomar distancia ahora, no podría volver con él como si nada.

—Bueno, como quieras. Sólo espero que todo salga bien. Puedes decirle lo que pasó, pero no lo hagas sola. Deja que yo hable con él.

—Aaron. Por favor. No tienes que protegerme. Acabo de abandonar a mi novio, y ya no quiero la boda ni el viaje. No quiero seguir con él. No después de que hice el amor contigo y quiero que sigamos. Despacio. Por supuesto. Sin prisas. Viendo cómo se dan las cosas. Pero deja de pensar que él es un hombre peligroso o violento. No lo es. Ya ves. Decidió tomarse unas vacaciones de todo. A lo mejor él también estaba algo estresado. Todo fue tan repentino.

—Y crees que se iría sin ti? Yo no lo haría.

—Si me abandonó no sé por qué lo hizo y me hace pensar que no lo conocía para nada. Sin embargo, no lo creo, no puedo creer eso. Por el bebé, él no me habría dejado sabiendo que estaba esperando un bebé. algo pasó y me tiene muy nerviosa. Casi desearía que llegara y me dijera que soy una cualquiera por entregarme a otro hombre que esta incertidumbre, que este miedo que siento ahora.

—Ten calma. Tranquila. Ya aparecerá. A lo mejor tuvo que hacer un viaje y no pudo avisarte.

—Nadie sabe nada, ni sus padres, ni su amigo. Los otros no me atienden.

—Sí, es muy extraño que se fuera así sin avisar nada a su familia ni amigos. Ni a ti.

—Él estuvo raro unos días antes, parecía muy nervioso. Pensé que era por el bebé, en verdad que estos días lo pasé muy mal... todo fue muy inesperado. La boda, el bebé que llegó de regalo y él tal vez decidió que no quería seguir conmigo y se fue con la chica de las fotos. Es muy hermosa ¿no lo crees?

—Es una niña, Isabella. Hay que ser muy pervertido para hacer eso. Esa chica no tiene más de quince años.

—Pero se ve mayor. ¿Crees que le importo eso a los hombres que las buscan muy jóvenes?

—Supongo que no. Realmente jamás me fijaría en una chica tan joven. Es una niña casi.

—Y crees que pudo fugarse con ella por eso no responde mi llamado? Debe estar asustado, arrepentido. Maldición. ¿Por qué hizo esto? Y yo angustiada por haberle sido infiel.

—Tranquila. Aguarda. Tal vez te llame y te explique lo que pasó. ¿Has intentado llamar al departamento?

—No.

—Llama. Tal vez haya regresado y esté cansado.

—Si estuviera allí me hubiera llamado, Aaron. Lo conozco bien.

Se miraron y él la abrazó, la envolvió en un abrazo tibio, tan dulce.

—Tranquila, presiento que pronto aparecerá y podrán conversar. Pero mientras quiero que te quedes aquí. Porque si tu amiga dijo la verdad puede estar metido en algo muy feo, Isabella.

—Algo muy feo?

—Si ese Ralph le conseguía chicas jóvenes como la de la foto... puede que le enviara fotografías para que escogiera una. Y quien consigue chicas y las vende es un proxeneta y eso es mafia, cielo. Mafia y de la peor. Se entra fácil pero no se sale. Ahora ven, descansa. Puedes dormir en la habitación de al lado si quieres. Yo no quiero que pienses que traje aquí porque quiero precipitar las cosas. sólo estoy preocupado por ti, por todo lo que pasó.

Isabella sonrió y pensó que su jefe era todo un caballero y se lo agradeció pues no se sentía cómoda en esa nueva situación. Vivir con él era extraño. Inesperado en realidad. Y no estaba en sus planes. Deseaba estar en su departamento y dormirse en su cama y pensar que todo había sido un sueño.

Al día siguiente regresó al departamento y supo que su novio no había ido. La señora de la limpieza había hecho bien su trabajo y todo olía a desodorante de ambiente, pero no había ni rastro de su novio.

Fue a la policía. Debía hacer la denuncia por la desaparición y que ellos lo buscaran con otros medios pues ella no había podido lograr nada.

Un agente alto y con rasgos latinos llamado Emilio Márquez le tomó la declaración.

—¿Usted dice que no lo ve desde cuándo? —preguntó.

Isabella tuvo que contarle toda la verdad, excepto su encuentro con Molly Simms. No quería levantar sospechas de algo que no tenía pruebas y ensuciar su nombre.

—Tal vez él se enteró que usted estaba con otro hombre y huyó —dijo el agente.

—Sí... puede ser. Pero sólo quiero saber que está bien. Temo que le haya pasado algo, agente. Él no habría desaparecido así, me habría buscado, me habría confrontado.

—Está bien. Investigaremos este asunto y le avisaremos si necesitamos hacerle más preguntas.

Beatrice y Paolo llegaron poco después para respaldar su denuncia.

Estaban preocupados porque su hijo no aparecía y no entendían nada.

¿Realmente se habría fugado con esa chica? ¿Sería capaz? Él la habría engañado antes, hacía tiempo. Pero luego empezaron a tener sexo más a menudo y esas semanas lo hacían casi a diario. ¿Cómo era posible que le quedara energía para hacerlo con otras? Ni siquiera tenía tiempo libre. A menos que le mintiera y en vez de ir al béisbol o al trabajo se fuera de fiesta con sus amigos.

Había logrado hablar con su amigo Edward esa mañana y tampoco sabía nada. Cuando le preguntó si tenía otra mujer se quedó callado, sin embargo. “No, claro que no. Él estaba loco por ti. Contento con la boda. No se habría fugado. Quizás sufrió un accidente, Isabella”.

Recordó las palabras de Edward y pensó que tal vez ahora vendría lo peor.

Los policías lo buscarían en todas partes y podía estar muerto. Pudo sufrir un accidente. Enterarse que ella había pasado la noche con su jefe por eso la llamó cuatro veces esa noche. Debió sentirse mal, desesperado...”

Cuando salía de la delegación se sentía muy mal porque ahora

comprendía que su novio había desaparecido y esa desaparición podía significar lo peor.

Pasó el día entero mal pensando en Alessio y así estuvo los días siguientes.

Su jefe estuvo a su lado y fue su amigo más que nada. Fue su amigo para charlar y desahogarse, pero la angustia fue demasiado para ella.

Pues a medida que pasaban los días y Alessio no aparecía todo le daba vueltas en la cabeza.

Las fotos de esa chica, el testimonio de sus amigos que dijeron que él nunca tuvo planeado huir, sus compañeros de trabajo...

Sin embargo, pronto los videos de las cámaras mostraron su imagen mientras salía del edificio donde vivía en su auto. Y faltaba ropa y sus dos maletas más grandes. Se iría lejos. pues nadie llevaba dos maletas como ese si no pensaba hacer un largo viaje.

—Quizás se fue a Italia —dijo su madre un día.

Ella también vivía una angustia espantosa.

Pero los investigadores descartaron esa posibilidad. Al menos no estaba en la mansión ancestral del tío loco obsesionado con los tesoros.

Una mañana no soportó más la tensión y decidió regresar a su departamento.

Su jefe trabajaba muchas horas y ella no podía ayudarle porque tenía la cabeza embotada. Se había quedado en su departamento esos días, pero ahora necesitaba alejarse y tomar distancia.

—Lo siento Aaron, pero creo que debo irme —le dijo durante el desayuno.

Él la miró sorprendido. Pero lo aceptó.

—Está bien, claro. Entiendo. ¿Te irás ahora?

—Sí, debo hacerlo. Necesito alejarme. Creo que todo fue muy loco y

precipitado... yo siento cosas por ti Aaron, no lo niego, pero lo que pasó con Alessio me está matando. Debo saber qué pasó.

Él se acercó y la abrazó, le dio uno de esos abrazos cálidos y al estar cerca la besó, le dio un beso ardiente.

Y luego luchando por dominarse se apartó y la miró.

Esos días no había tratado de tocarla, sabía que era un momento horrible para ella y ahora tampoco lo hizo.

—Déjame ayudarte. Yo soy tu abogado ahora, tu amigo. Y haré todo lo que esté a mi alcance para ayudarte a encontrar a Alessio. Es lo justo.

—Gracias Aaron, eres tan bueno, tan noble... pero me siento tan inútil ahora, no puedo hacer nada más que esperar y esta horrible espera me mata. Quisiera regresar al trabajo, hacer algo útil pero no soy capaz. Tengo la cabeza embotada, no puedo pensar con claridad. Me falta concentración y sé que no lo haría bien.

—Eso no importa. Lo entiendo por eso no te he pedido que regreses. Pero el puesto quedará vacante para ti y seguiré pagándote.

—Oh no, no lo hagas. Tengo mis ahorros. Mejor será que me despidas y tomes otra empleada.

Él no quería hacerlo, lo vio en sus ojos.

—Todo es tan incierto Aaron. No sé qué haré con mi vida, necesito trabajar por supuesto. Debo hacerlo, pero sé que lo haré mal. Sin embargo, odio estar encerrada en casa porque la cabeza me trabaja mucho más.

Él tomó su mano y la besó.

—Entonces regresa al buffet. Hazlo por favor. Te encomendaré tareas más livianas. Algo que tú puedas hacer y que no exijan concentración.

—Me encantaría aceptar, pero temo hacerlo mal. Temo equivocarme y...

—Isabella, ten confianza en ti misma. No te derrumbes. Escucha. Lo que pasó no fue tu culpa sí? Si tu novio decidió fugarse con una mujer como

sospechan los agentes, si él lo hizo no fue por tu culpa. Quiso hacerlo. Quiso alejarse. Puede que estuviera asustado y en realidad huyera solo... y si no dijo a nadie a dónde iba era porque no quería ser encontrado.

—¿Tú crees eso?

—Soy abogado y he visto muchas cosas. hombres fingiendo su propia muerte para cobrar el seguro, esposas asesinando a sus amantes porque las extorsionaban... las desapariciones así, sin pistas, sin rastros son bien planeadas. No fueron hechas al azahar. Él planeó esto mucho antes, estoy seguro.

—Pero Alessio no lo haría, ¿por qué huiría de repente?

—Todo se está investigando muy a fondo. Eso lleva tiempo, pero estoy seguro de que se sabrá la verdad. Yo no sé qué pasó y no es correcto que te diga más ahora. Hay varios detectives trabajando en este caso. Pero mientras eso pasa tú no puedes atormentarte, culparte por lo que pasó. Debes seguir con tu vida y esperar. Te hará bien retomar tus actividades, las que puedas y también cuidarte por el bebé que llevas en tu vientre. Esto no le hace bien a él tampoco.

—Sí, supongo que tienes razón. Quiero hacerlo, pero... no tengo fuerzas.

—Debes luchar Isabella, eres joven, eres una mujer fuerte, inteligente, decidida. Ahora más que nunca debes luchar y comprender de una vez que nada de esto es tu culpa. Tú no me buscaste, ni siquiera sabías qué pasaría ese día. Todo fue espontáneo, pero yo quiero que seas mía un día, preciosa, sueño con hacerte mi esposa. Ahora no, en un tiempo, cuando estés preparada. No fue una aventura para mí, fue grandioso, pero no te tocaré ni forzaré las cosas. Pero por favor, déjame ser tu jefe como antes. Sólo tu jefe y tu abogado.

Isabella se estremeció al sentir su mirada. Su mirada llena de amor y deseo. La amaba, estaba loco por ella. y quería que fuera su esposa un día. ¿Acaso había una declaración de amor más bonita que esa?

—Está bien, regresaré a trabajar, pero sólo medio tiempo por ahora. Hasta sentirme segura de que puedo hacerlo bien.

Él sonrió y la besó, le dio un beso fugaz para expresar cuánto le alegraba su decisión.

Tenía razón, no podía dejar de verlo, encerrarse en su departamento y echarse a llorar por Alessio. Se sentía algo confundida, sin embargo, triste y por eso sabía que no estaba lista para empezar una relación con Aaron. Pero sí estaba loca por él y no quería perderlo. Tal vez un día se convirtiera en su esposa como él había dicho, en un tiempo, quién sabe...

La idea de su jefe dio resultado pues de regreso al trabajo su ánimo mejoró al sentirse activa y útil. No hacía gran cosa en realidad, tomaba llamadas, anotaba mensajes importantes o hacía algún mandado dentro de la oficina.

Luego ocupaba su tiempo haciendo yoga, biodanza, y también investigando por su cuenta la desaparición de Alessio.

Su jefe le dijo que eso no era bueno para ella, que le hacía mal, pero no podía evitarlo.

Iba muy a menudo a la delegación, pero día tras día despertaba sin saber nada de él.

Al menos ir al trabajo le daba algo más en qué pensar, algo para distraerse y también lo veía a él. Un rato, pero era suficiente para ella y que para él que ahora la miraba con intensidad, sin disimularlo. Aunque sabía que su trabajo era mucho más absorbente y podía pasar horas lejos de la oficina. Sin embargo, sabía que él buscaba una ocasión para verla, para conversar.

Ese día la invitó a almorzar. Llevaba días viéndose un momento y sintió

que era una ocasión especial.

Todos los vieron salir juntos y notó ciertas miradas de viva curiosidad y sorpresa. Nadie sabía que estaban juntos, bueno no estaban juntos ahora exactamente, pero tenían algo...

Él escogió un restaurant fino y muy discreto. Escondido, para tener más privacidad.

Y cuando se sentaron frente a frente en una mesa que tenía vista a la calle él la miró con intensidad.

—¿Cómo has estado Isabella?

Le gustaba cuando la llamaba por su nombre, cuando la miraba así, estaba diciéndole a gritos con la mirada cuánto le importaba, pero ella pensó que exageraba. Seguramente la miraba así porque habían hecho el amor esa vez y ella le gustaba mucho...

—Estoy bien... trato de salir adelante pero no hay novedades.

No, no hablaría de Alessio ese día, no quería hacerlo.

—Tuve que cancelar la boda, hacer llamadas estos días... ha sido algo cansador. Como si me hubiera divorciado sin casarme prácticamente y eso me ha dejado estresada pues todos quieren que mi novio vuelva. Tuve que insistir varias veces para cancelar la fiesta y me dijeron que no me devolverán el dinero. No me importa. Sólo quiero arreglar esas cosas tan molestas que...

—Bueno, pero ¿cómo te sientes en el trabajo? ¿Estás cómoda?

—Sí, y te agradezco porque al menos me siento útil, me distrae.

—¿Y el bebé?

—Está bien, todo está bien. ¿Y tú, cómo has estado?

—Estresado. Llevo un caso bastante complejo y veo que me llevará meses. Al menos ahora llegará la primavera y podré tomar algún descanso, eso espero.

Fue inevitable que le preguntara por Alessio.

—Todavía no se sabe... hay varias líneas de investigación, hipótesis, han estado interrogando a muchos de sus amigos. Los mismos que no contestaban mis llamadas. Quizás al final él llame y me diga que no regresará. Lo prefiero a enterarme de que le pasó algo.

—Te entiendo. Es muy lento esto.

Ella lo miró angustiada.

—Se fue esa noche, tomó dos maletas, su portátil, cosas del departamento y se largó sin dejar ni un mensaje. Creo que él supo lo que hice esa noche, se enteró de que estaba contigo y decidió abandonarme.

—No lo creo cielo, qué hombre sensato te dejaría ir sin pelear? Yo no lo haría.

Ella secó sus lágrimas. De nuevo la culpa, la incertidumbre, el miedo.

—Quisiera pensar que se fue con otra, porque algo de eso hablaba el agente la vez que fui, pero no me lo creo. Nadie se fuga con una chica con la que tiene una aventura a menos que esto fuera de más tiempo y no me explico cómo lo hizo. Si acaso me engañó todo el tiempo.

—Isabella no puedes pasarte la vida así, atormentada, culpándote. Deja que la policía investigue, hay muchos agentes buscándolo. La verdad se sabrá tarde o temprano. Es culpa, angustia, lo sé, pero te aseguro que tú no tuviste nada que ver. Lo que temo es que no estés segura en ese departamento.

—¿Qué no esté segura? Es el edificio más seguro que existe.

—Pero estás sola y con un bebé. si te pasa algo, si tienes algún malestar a quién acudirás?

Ella se sonrojó.

—Llamaré a los paramédicos supongo. Pero no tengo problemas con el embarazo. Los malestares pasaron y ahora me siento perfecta.

—Quisiera cuidarte, como antes. Te extraño, extraño tenerte cerca preciosa.

Isabella tembló cuando dijo eso.

—También te extraño, pero... no quiero perder la cabeza ahora.

—Hazlo preciosa, es una orden de tu jefe —dijo su jefe y le guiñó un ojo. Ella rio tentada.

—Me encantaría, pero necesito estabilizarme. Volver a ser como era. Dame un tiempo más.

—Por supuesto. Te daré el tiempo que quieras y necesites.

Sabía por qué no podía regresar, era la culpa y Alessio.

Pensaba mucho en su novio. Todos los días, todo el tiempo. Y ahora se había puesto nostálgica recordando momentos felices.

Estaba loca por su jefe sí, pero atormentada por el fantasma de su novio. Ahora lo veía en todos lados, cuando iba por la calle de repente se encontraba a un hombre igual. Parecido. Que la miraba y ella se sentía aterrada. Acosada por el fantasma de su novio pensando que por eso tal vez estuviera muerto.

Ver a su amor era un oasis en medio del desierto, era la felicidad, el amor en su más pura esencia; la alegría, el entusiasmo, el pulso acelerado, pero no, no quería hablar de Alessio ese día. No quería que pensara que era su paño de lágrimas, no lo era, quería disfrutar ese almuerzo, esa charla, esas miradas sin pensar en nada más.

Al día siguiente despertó tarde y tuvo que avisar que haría otro turno.

Había dormido mal y tuvo pesadillas. Tal vez su jefe tuviera razón, tenía que regresar a su departamento. Allí al menos lo tendría a él y dormiría como un angelito.

Mientras desayunaba algo fresco y liviano pues no andaba muy bien del estómago esos días su teléfono sonó y dio un respingo. Ahora cada llamada

podía ser de la policía o de Alessio.

Tomó el teléfono y escuchó la voz de Beatrice.

—Isabella. ¿Cómo estás? ¿Cómo está mi nieto?

—Hola señora Ferrari. Estoy bien, algo cansada.

—No deberías trabajar, estás esperando un bebé. Esos empresarios no tienen compasión, hacen trabajar a las mujeres embarazadas hasta a punto de dar a luz.

Beatrice tenía una idea muy anticuada de las mujeres embarazadas que trabajaban y no estaba de acuerdo ni con eso ni con muchas cosas.

—Señora Beatrice, necesito trabajar. No puedo quedarme en casa todo el día llorando.

—Oh pobrecita. Has de necesitar dinero.

—No, no es por dinero.

—Pero no tienes que trabajar. Nosotros te ayudaremos. Por favor, ven a visitarme. Es tan duro todo esto, tan difícil.

—Está bien, iré en un rato.

Mala idea.

Nada más entrar a la casa de los padres de Alessio en las afueras de Boston vio fotos de su novio por todas partes. Cuando era un bebé, cuando era un niño y de pronto le sorprendió ver una foto suya juntos. Estaba en el comedor y era un mural de esa fiesta a la que habían ido hacía tiempo. Se detuvo y tembló. Qué guapo estaba, qué guapo era Alessio.

—Qué bonita estás en esa foto Isabella, y mi hijo se veía tan feliz, tan enamorado. Tú fuiste la única mujer de la que se enamoró, ¿sabías? —dijo la señora Ferrari

Isabella miró a la señora Beatrice y sintió tanta tristeza. Un recuerdo feliz, la vez que posaron para esa foto en el casamiento de una prima de su novio. Ella iba de vestido color rojo y él tan elegante con su frac.

—Ya volverá, no llores. Mi hijo está vivo. Lo siento aquí dentro, sabes

Isabella tembló cuando dijo eso pues la señora Ferrari estaba llorando sí, no pudo evitarlo. Estaba muy angustiada por la desaparición de su hijo y sin embargo creía que estaba vivo. Era su madre y si una madre decía eso debía creerle, pero... ¿si estaba vivo por qué no aparecía?

—¿Tú cómo estás querida? ¿Cómo está ese bebé? ¿Ya sabes qué es?

—Todavía no. Pero todo está bien.

—No se te nota. Es que eres tan delgada y de caderas estrechas. Creo que no tendrás un parto fácil. Irás a cesárea seguramente.

—Oh no diga eso, mi doctora dijo que eso no tiene ver con el parto. Que mujeres de caderas estrechas pueden dar a luz igual.

—Sí, pero mi hijo es muy alto y tú eres tan pequeñita. Si el bebé sale a ti lo tendrás sin problema porque será diminuto, pero si sale a mi hijo que era un bebé inmenso de casi cinco kilos pues prepárate para la cesárea.

Isabella secó sus lágrimas y Beatrice le sonrió.

—Tú quieres mucho a mi hijo, pero no te aflijas. Tienes un bebé en su vientre y ese bebé se convertirá en tu mayor alegría, ya verás.

Isabella no estaba segura de eso.

—¿Acaso han sabido algo de Alessio? —preguntó con un hilo de voz.

—No... no está aquí, ni está en Italia. Da la sensación de que la tierra se lo tragó que huyó por algo, pero... él no huiría sin llevarte con él, por más que digas tantas sandeces esos policías. Conozco a mi hijo y él no estaba metido en nada raro, pero claro, como somos italianos ya nos creen emparentados con la mafia.

—Pero algo pasó esa noche señora Beatrice, su hijo se llevó dos maletas, el auto, salió apurado porque el departamento era un desorden.

—Un desorden? Bueno, ahora me pregunto si no dejaron todo eso para que pensemos que huyó y lo tengan secuestrado en algún lugar. Tiemblo de que

lo tenga alguna chiflada o una red de tratas. Él es muy guapo, tan guapo. Si es una mujer bueno eso no me inquieta tanto, pero si lo secuestraron con fines funestos, para quitarle los órganos... Oh no quiero ni pensarlo, ¡Dios no puede ser tan cruel!

Paolo Ferrari, el padre de Alessio apareció en escena. Acababa de llegar del trabajo y se disponía a almorzar con su esposa como siempre hacía. Al verla allí sonrió y por suerte su esposa se animó y cambió de tema.

Fueron al comedor y se sentaron para almorzar.

Hasta que su ex suegra le preguntó con dulzura:

—Isabella, ¿acaso ustedes habían reñido por algo? —le preguntó de repente Beatrice.

Su esposo la miró serio. No era una pregunta feliz, pero parecía inevitable.

—No. No peleamos señora Beatrice, pero lo del embarazo me tenía muy mal. Nerviosa. Asustada. Y luego los arreglos de la boda. Creo que ambos estábamos algo estresados y yo lo noté algo distante a Alessio antes de ese día.

—MI hijo estaba feliz, iba a casarse contigo y a viajar a Italia. Quería ayudar a su tío a encontrar el tesoro. Ahora mi pobre hermano está desconsolado. Triste. Todos lo estamos.

Fue un momento incómodo. No supo qué decir.

—Pero él tiene que estar escondido, asustado por algo. Quieren incriminarlo en algo criminal sabes? Pero no lo permitiré.

Isabella no dijo nada. Alessio no estaba metido en nada raro.

Apenas pudo, luego de que le sirvieran el postre escapó.

—Gracias por venir, querida. Por favor, no dejes de venir. Tienes a mi nieto en tu barriga y sé que Alessio regresará muy pronto. Estoy convencida pero su ausencia me da tanta angustia.

Ella prometió que regresaría. Siempre habían sido muy amables los dos, afectuosos. Eran muy unidos, alegres y eran personas honestas, no eran ricos, sólo tenían una empresa de vehículos, nada que fuera importante y sintió rabia de que pensarán que eran de la mafia sólo por ser italianos.

Sin embargo, cuando regresó al trabajo se sintió aliviada.

Ahora podría distraerse y concentrarse en otra cosa, olvidar un poco la desaparición de Alessio, aunque fuera un rato.

Los días pasaron, oscuros, fríos y tristes.

La policía buscó durante días, semanas, pero al final se rindieron.

Le dijeron que seguramente su novio se había fugado o estuviera muerto.

Fue muy triste cuando le dijeron eso. Era muy triste no saber qué rayos le había pasado.

Y angustiada lloró. Lloró porque la culpa la consumía y no dejaba de pensar en esa horrible noche. Si ella hubiera atendido, si hubiera atendido su llamada tal vez su novio no se habría fugado o le hubiera dicho a dónde iba.

—Señorita, debe estar preparada para lo peor —le dijo entonces el agente Márquez.

Ella lo miró aturdida.

—¿Lo peor? ¿Pero por qué?

Tenía el teléfono en su mano y no entendía cómo rayos hacía ese agente para responder a su interlocutor y hablar con ella con la carpeta de investigación abierta y mirando cada tanto. Parecía tenso y distraído a la vez. ciertamente que lo exasperaba que no colgara la maldita llamada.

Al final dejó el tubo de teléfono y transfirió la llamada a otro sector. ¡Qué alivio! Ahora sí podría brindarle algo de atención.

—Sí... —carraspeó—Bueno, quería informarle que hay ciertos indicios. Cosas que encontramos en el departamento de su novio. Se ha iniciado una investigación por el delito de tenencia de pornografía con menores.

—Qué? Eso no es verdad.

—Bueno, es algo difícil de aceptar, lo entiendo, pero tenía que decírselo. Hemos realizado una investigación exhaustiva y no hay pruebas de que él traficara esos videos, pero al parecer sí salía con una chica menor.

—No, debe haber un error.

—Hay videos de menores en una portátil que encontramos.

—Pero si no había ninguna portátil en su departamento. Yo la busqué el día que fui.

—La encontraron los agentes escondida en su cuarto. Muy bien guardada y fotografías en una cámara. Son chicas menores, eso es un delito. Bueno, debemos investigar si él sólo miraba porno de menores o además participaba en la filmación.

Era horrible. Era atroz.

—Pero mi novio no sería capaz, se lo juro agente. Era un buen hombre, trabajador. Él no podía hacer eso. Yo estuve viviendo con él casi dos meses.

—Señorita Rossini, sé que es difícil para usted y que no lo puede entender. Pero todas las personas guardamos secretos, cosas sucias. Algunos secretos son más feos que otros y bueno, a lo mejor sólo consumía pornografía de jovencitas. No es porno infantil y eso es mejor por supuesto, pero son chicas de quince, dieciséis. Menores de edad. Y además tenía fotografías. Son pruebas que debemos examinar con mucha calma. Pero nos da un indicio más claro de lo que pasó.

—No entiendo de qué habla. Esto es horrible.

—A lo mejor usted no lo conocía bien, señorita. Él tenía otra cara y por eso pensamos que huyó para no ser descubierto. Alguien le avisó de nuestra investigación que justamente empezó hace una semana atrás de su desaparición con una denuncia anónima a la policía.

—¿Una denuncia?

—Así fue. No puedo darle detalles. Pero hay varios implicados, su novio entre ellos. Se lo vio en una fiesta con menores. Eso se dijo. Pero no había pruebas. Ahora la investigación se profundizará y lo que creemos es que esos contactos le avisaron a su prometido. Por eso huyó. Y si escapó lo hizo con un pasaporte falso. Disfrazado. Pues en los aeropuertos estatales no pudimos reconocer su rostro entre los pasajeros de esa noche.

—¿Entonces supieron si realmente huyó la noche que me llamó?

—Sí, lo hizo en su auto, en la A90 rumbo al aeropuerto. Se fue del país, pero no lo hizo con su pasaporte, usó otro. Pero ese viaje fue planeado de antes, pues nadie tiene un pasaporte falso en una tienda de almacén, eso se lo dio alguien. Y sospechamos que luego tiró el celular o lo destruyó pues no hemos detectado señal. Lo rastreamos, pero no hemos podido encontrarlo. Él realmente no quiere ser encontrado. Porque sabe que hizo algo malo. Y por eso debía decirle esto. Ahora hay más pruebas, ahora tenemos una teoría de lo que pasó, pero por favor, no debe decir nada. Es confidencial. Pero hemos emitido una orden de arresto y captura internacional. Si regresa será esposado y enjuiciado. Deberá demostrar su inocencia. Puede que sea inocente y que sólo le gustara ver porno con jovencitas. Pero si formaba parte de cierto club que reclutaba adolescentes para que tuvieran sexo con hombres adultos... eso lo complicará bastante.

—Oh dios mío, sus padres... sus padres no lo resistirán. Lo que me dice es horrible y le juro que él no haría eso. Debieron incriminarlo. Sus amigos... uno de ellos. Yo les dije de Andrew Brooks. Él sí se enredaba con chicas menores.

—¿Andrew Brooks? Aguarde... —dijo el agente y buscó en la carpeta.

Allí estaba toda la investigación de la desaparición de Alessio. Ahora entendía que su madre estuviera indignada. Querían implicarlo en algo horrible, algo que él no había hecho seguramente por culpa de ese perverso

de Andrew Brooks.

—No hemos podido localizar a ese hombre, señorita Rossini. No contesta las llamadas y no hemos podido localizarle. Como si se hubiera marchado.

—Lo ve? Se lo dije. El muy villano se escapó porque él sí tendría mucho que explicar.

—Usted cree que ese joven tenía una red de prostitución.

—No... no quise acusarlo de eso. Pero siempre salía con chicas menores y por eso esas fotos aparecieron en el departamento de mi novio. Estoy segura de que él lo metió en un lío.

—Bueno, investigaremos eso, pero su novio está involucrado en algo, no es una red de tratas ni nada, pero... es muy raro que su amigo pusiera esas fotos en su portátil señorita. Hay muchos videos y fotos, y datos de contacto de las jovencitas. Verificamos que son ciertos, además. Como si él planeara contactarlas para él o sus amigos.

Isabella abandonó la delegación aturdida. Horrorizada.

No dijo una palabra a la policía de lo que había visto, ni de las fotos, no quería hundir más a su novio. Él no era un pedófilo nunca habría hecho eso. Pero si se acostaba con menores era un depravado. Si buscaba adolescentes para divertirse...

Su amigo Andrew tenía que saberlo.

Desesperada lo llamó. Debía atender su llamado ese maldito. Ellos se habían ido de fiesta en el pasado, y era el amigo más sucio que tenía su novio. Él sí mantenía una relación con una chica de diecisiete y sabía que no era la primera. Le gustaban más jóvenes, además.

No la atendió era inútil. Al menos dio su nombre en la jefatura y exigió que averiguaran si estaba implicado.

Al entrar fue a darse un baño y a llorar. Lo necesitaba.

Luego pensó en ese bebé que llevaba en su vientre, no podía creer que Alessio fuera así, que escondiera un secreto tan sucio. Pero ¿y si era verdad? ¿Por qué huiría esa noche sin decir nada a nadie? Debía tener una razón muy poderosa para hacerlo, ahora lo sabía.

Y no volvería, no con esa denuncia anónima.

La policía había callado, todo ese tiempo no le dijo nada de cómo iba la investigación. A su novio parecía que lo había tragado la tierra.

La desaparición de su novio lo cambiaba todo. esa incertidumbre, la horrible angustia. A lo mejor él se alejó porque estaba a ver qué hacía ella, a lo mejor se accidentó y perdió la memoria y no podía regresar...

Tuvo que aceptarlo. Su novio la había engañado. Era como muchos hombres que por más que tuvieran pareja se acostaban a veces con otra. Para cambiar, porque se aburrían de hacerlo siempre con la misma. La rutina. O las tentaciones.

Andrew Brooks tenía mucho que ver.

Ese barbudo sinvergüenza era un maldito cerdo.

No sólo quería acostarse con todas las mujeres niñas que estuvieran en su alcance, también quería arrastrar a su mejor amigo a la perdición. Y así tal vez no sentirse tan enfermo por salir con menores de edad un tipo que casi llegaba a los treinta.

Tardó varios días en recuperarse.

Estaba triste. Hundida en la más horrible depresión.

Durante días no salió de su departamento ni atendió sus llamadas. Se pidió unos días en el trabajo, habló con su jefe algunas veces y él le dijo que todo estaría bien.

Pero lo extrañaba.

Necesitaba su abrazo, sólo oír su voz. Verlo un momento.

Estaba loca por él. Lo amaba, ¿hasta cuándo permitiría que la culpa la arruinara para siempre?

Quería estar con él. Quería intentarlo.

Estaba harta de sentirse triste y vacía.

Tenía que superarlo. Su novio no era ese hombre perfecto que había imaginado. Tenía otra y a lo mejor estaba con ella en algún lugar. Y ahora sabía por qué había escapado: una denuncia anónima que involucraba citas con chicas menores de edad.

Era horrible, pero a lo mejor algo de eso había pasado.

Sin embargo, ella sabía que eso era mentira, que él no era así.

Ciertamente que no sabía quién era su novio a esa altura.

¿Por qué le pidió matrimonio si salía a escondidas con una chica menor de edad?

Pensó que él la quería, y que lo iba a lastimar y al comienzo ella también quiso huir. Odiaba tener que decirle la verdad, odiaba tener que confesarle que le había sido infiel, pero sabía que él no la perdonaría.

De cierta forma esa noche había sido el final de su relación. Ella durmió con su jefe, él juntó sus maletas y se fue.

Ahora sólo quedaba seguir con su vida.

Fue a trabajar la mañana siguiente y se mantuvo ocupada.

Pensó que debía cerrar ese asunto de una vez.

Por primera vez comprendió que Alessio no volvería.

Tenía que criar sola a su hijo y rehacer ese rompecabezas en el que se había convertido su vida.

No podía seguir pendiente de Alessio ni esperar su regreso. Ya no.

Su relación había terminado mucho antes y debía aceptarlo y dejar de

sentir tanta culpa.

—Isabella. ¿Estás bien? —le preguntó su jefe.

Ella sonrió. Lo vio preocupado.

—Sí... estoy bien.

Conversaron un momento a solas.

Aaron era su futuro, era su presente. Debía arriesgarse e intentarlo. No había hecho más que evitarlo esas semanas y sentirse atormentada por la culpa.

Quería estar con él. Se moría por regresar a sus brazos, por besarse y amarse como esa noche. La mejor noche de su vida.

Pero él no le había pedido para volver, todavía no. Se veía a veces, salían a cenar, a pasear los fines de semana. Pero no había vuelto a estar juntos. Ella se moría por estar con él, pero no se atrevía a dar el primer paso. Todavía no.

Una semana después, desesperada fue a su departamento.

Se moría por verlo, pero no sabía, se sintió insegura y no le avisó.

Porque tal vez estaba con otra. Como todos. Cuando una mujer los amaba ellos la engañaban, cuando una mujer los abandonaba corría en busca de otra...

Pero Aaron no era así. Estaba loco por ella y cuando abrió la puerta lo vio triste, con la barba de unos días. Lo había oído hablar por teléfono y hasta tenía el cabello revuelto. Estaba triste como ella y al verla entrar la miró como si fuera una aparición. Luego sonrió levemente.

—Preciosa, ven. Pasa. Qué sorpresa tan linda me has dado. ¿Quieres beber algo?

Isabella miró a su alrededor y pensó que desconfiaba de su jefe.

—¿Estás solo, Aaron? No quiero ser inoportuna o molestar.

—Estoy solo, cielo. Esperando por ti.

Esa frase le provocó un estremecimiento, fue como un rayo.

—¿Esperabas por mí?

Él asintió.

—Sí, esperaba que vinieras, pero mírame, estoy hecho un desastre. Tuve un día difícil, pero si me esperas un minuto me daré un baño y saldremos a pasear.

Isabella sonrió.

—Está bien.

Ella entró y miró el departamento y se acercó a la ventana para contemplar esa maravillosa vista de la ciudad. Le gustaba ese departamento y quería quedarse con él, quería intentarlo. Estaba decidida y aunque le daba miedo, estaba loca por su jefe. Loca por él.

A veces sentía celos de otras mujeres en la empresa, no soportaba verlo con otras, se había vuelto tontamente celosa como una adolescente. Ella no era así, y odiaba a las mujeres que celaban a sus hombres como unas niñas.

—Bueno, ya estoy listo. Podemos dar un paseo si quieres o...

—Prefiero quedarme aquí, si no te importa Aaron.

Él sonrió y se acercó para abrazarla y besarla.

Era todo cuanto quería, estar con él, besarse, abrazarse, amarse.

—Te eché tanto de menos estos días preciosa... estás bien? —le preguntó
—Temía que no regresaras que...

—Pero aquí estoy, volví y me quedaré si tú quieres.

—Te quedarás?

—Sí... quiero intentarlo. Por favor. Ya no soporto estar lejos de ti. No he dejado de pensar en ti estos días, siempre pienso en ti y me he sentido mal por no estar contigo. La vida es tan efímera y yo... yo estoy loca por ti.

—Por supuesto que sí cielo. Podemos intentarlo. Sin prisas. Fui algo impulsivo, pero después de hacerte el amor, de tenerte aquí conmigo fue algo

tan fuerte que ... quería que fueras mi esposa. Todavía lo quiero. Sueño contigo Isabella. Pero sé que no es un buen momento y que debo tener paciencia y esperar...pero mis sentimientos por ti no han cambiado.

De repente él tomó su mano y la llevó a su habitación.

—Ven, por favor. Me muero por hacerte mía. Por sentir que eres mía otra vez.

No fue necesario que insistiera. Ella fue con él a su habitación y comenzó a quitarse el vestido y se quedó en ropa interior negra de encaje.

Él la miró con tanta intensidad, con tanto amor y la abrazó, la envolvió despacio entre sus brazos y la besó.

Había soñado tanto con sus besos, con sus caricias, con hacer el amor con él. Era como un dulce sueño después de tanta tristeza, tanta angustia y amargura.

Y él también la había extrañado, se moría por hacerla suya y la desnudó, liberó sus pechos llenos para besarlos, para apretarlos y gimió al quitarle la diminuta y transparente prenda interior. Se acercó allí para besarla y acariciarla con su boca primero y luego liberó su lengua hambrienta y desesperada mientras la abría despacio y la preparaba para la cópula.

Llevaba semanas sin tener sexo y estaba desesperada, se moría por hacerlo con él y le rogó que la hiciera suya.

Él sonrió y se detuvo para quitarse la camisa que ya estaba abierta y bajarse el pantalón negro de vestir para liberar rápido su miembro inmenso y rojo, más que listo para la cópula.

Isabella se retorció y gimió cuando se lo introdujo muy rápido en su vagina. Estaba húmeda y excitada pero no tan distendida para soportar esa inmensidad, sin embargo, se excitó mucho más cuando notó que luchaba por llegar hasta el fondo y la movía despacio para rozarla, para sentirla.

La apretó contra él, y buscó sus labios y atrapó su boca y ahogó sus

gemidos mientras llegaba hasta el fondo de su vagina, muy profundo provocándole esa sensación de placer tan intensa.

Se movió despacio y luego más rápido, más fuerte sintiendo que el placer máximo estaba listo, pero él se detuvo y quitó su miembro para succionar los pliegues húmedos y dulces de su sexo para sentir cómo la había excitado esa cópula rápida. La devoró. Y le provocó un estremecimiento fuerte, un orgasmo encadenado al tiempo que caía sobre ella y la hacía suya de nuevo.

Fue tan fuerte ese encuentro que no podían salir de la cama y él la apretó muy fuerte y le dijo que nunca la dejaría ir.

—Quiero que seas mi mujer, por favor. Quiero que seas mía, no sueño con otra cosa. Por favor. Quédate a vivir conmigo. No me dejes ahora.

Ella se emocionó al sentir sus palabras, al comprender cuánto la amaba. Se moría porque fuera suya para siempre.

—Está bien, me quedaré y seré tu mujer, pero... me da mucho miedo que no resulte. Estoy embarazada y a veces sufro malestares, tengo tanta angustia. Me da mucho miedo pensar en el futuro y tal vez no sea la compañera que tú necesitas.

—Tú eres la mujer que quiero tener a mi lado. Quédate. Deja que cuide de ti.

Ella dijo que se quedaría y él la arrastró a la cama para hacerlo otra vez, sus besos y sus palabras la habían excitado, la habían hecho desear un nuevo encuentro...

—Aaron. Debo decirte algo —dijo de pronto.

Él se detuvo y la miró. Acababan de hacer el amor y estaban exhaustos pero felices, satisfechos.

—¿Qué cielo? ¿Qué quieres decirme? —le preguntó él.

—Quiero decirte que no regresé aquí porque quiera que cuides de mí, Aaron. Regresé porque me moría por verte de nuevo, conversar, sentir tu voz.

Me moría por estar contigo y hacer el amor sin parar... es más fuerte que yo, es algo que nunca sentí antes. Creo que estoy enamorada de ti, es tan fuerte que... te juro que nunca sentí algo como esto jamás por otro hombre, nunca — le dijo y se emocionó.

Sus ojos la miraron con fijeza.

—Dilo de nuevo, por favor cielo. Quiero escucharlo.

—Que volví porque me moría por estar contigo y estas semanas no dejaba de pensar en ti y de desear estar a tu lado, de ser tu mujer. Porque te amo y creo que esa noche en la cabaña... no fue una aventura como temí, fue una noche de amor, la más maravillosa de mi vida. Y te lo digo porque lo siento y no quiero que pienses que me quedo a ti para que cuides de mí y de mi bebé. estoy aquí porque te amo y quiero ser feliz, quiero que seamos felices y no quiero bodas ni nada apresurado. Sólo estar junto a ti.

—Por favor preciosa, tienes que convertirte en mi esposa, para mí es especial, es tan importante. Que todos sepan que eres mía, saber que eres sólo mía para siempre.

Ella pensó que era una locura y le pidió tiempo. Debían conocerse un tiempo más...

—Pero si ya soy tuya, Aaron. Estoy loca por ti y me quedaré contigo —le respondió.

—Lo sé, pero debes convertirte en mi esposa un día, promételo.

—Está bien, lo prometo. Si todo sale bien, si luego de vivir juntos pensamos como ahora me casaré contigo. Aunque sea una locura lo haré.

Él sonrió feliz.

—Todo estará bien, lo prometo —le dijo al oído y la besó y la hizo suya para sellar esa promesa.

Todo cambió luego de esa noche. Fue como si después de una feroz tormenta llegara la calma, la paz, el bienestar.

Se mudó al día siguiente al departamento de Aaron en el centro de la ciudad y decidió poner en venta su departamento pues sabía que no regresaría.

Dejó de ir a la delegación y también perdió contacto con los padres de Alessio.

Su fantasma dejó de acosarla, aunque pensaba en él a veces ahora al fin era feliz con su jefe. Él era tan caballero, tan bueno y paciente. Era un verdadero hombre.

Llegó la primavera y su vientre creció y ya no podía disimular su embarazo. Su panza se fue hacia adelante y pensó que su hijo nacería a mediados de otoño.

El frío había quedado atrás y disfrutaban de un verano caluroso, pero sin lluvias.

Ese día supo que era un varón, y verlo en la ecografía fue muy emocionante para ambos.

Sin embargo, sabía que Aaron quería que se casaran antes de que naciera el bebé y su estado era más que notorio.

Esa noche mientras hacían el amor le pidió que fuera su esposa. Lo hizo.

Isabella no estaba segura de querer casarse tan pronto. Tenía un poco de miedo. Era algo que quería hacer algún día, más adelante no ahora.

Entonces él le dijo que quería darle su nombre al bebé y sería mejor para él si nacía cuando estaban casados.

—Me casaré contigo Aaron. Lo prometo.

Lo amaba, estaba atrapada y sabía que nunca querría escapar de él. Quería casarse para toda la vida, era su sueño, no quería casarse por casarse como muchas mujeres.

Su respuesta lo hizo tan feliz. Realmente era el hombre con el que soñaba con que un día fuera su marido, él era distinto a todos, era apasionado, inteligente, fuerte y tan protector.

—Preciosa, prometo que no te arrepentirás. Que haré todo por hacerte feliz. Para que te quedes conmigo para siempre.

Isabella supo que lo decía en serio y que a pesar de la angustia que le provocaba a veces pensar en su ex al fin había encontrado un hombre en el que podía confiar, un hombre a quien amar y con quien ser felices para siempre.